

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

ANO 26. — N° 729.

SUMARIO.

Salida de las tropas francesas de Roma; grabado. — Inlujo que ha ejercido y está ejerciendo Walter Scott en la riqueza, la moralidad y la dicha de la sociedad moderna. — La caridad en el invierno. — El general Dix; grabado. — Nombramiento de la diputacion veneciana; grabado. — Diputacion yendo a entregar una bandera de honor regalada por la ciudad de Génova a la ciudad de Venecia; grabado. — Servicio fúnebre celebrado en Venecia en memoria de los soldados muertos en Custozza, en Lissa y en el Trentino; grabado. — Revista de Paris. — A la música. — Un ángel mas. — Demostracion reformista en Londres; grabados. — Teatro del Vaudeville; grabado. — La Bolsa de Paris vista entre bastidores; grabado. — Crichton. — El día de Año nuevo; grabados. — La Marquesa de Pinars. — Monsiñor Pavy; grabado. — Un capitulo olvidado de los Misterios de Paris; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Inlujo que ha ejercido

Y ESTÁ EJERCIENDO WALTER-SCOTT EN LA RIQUEZA, LA MORALIDAD Y LA DICHA DE LA SOCIEDAD MODERNA.

Me parece útil hoy día analizar el númen de Walter-Scott, no bajo el punto de vista literario, cuyo encargo dejamos para otros mas hábiles que nosotros, sino para observar cuáles han sido los efectos positivos de sus brillantes creaciones sobre la sociedad en que ha vivido, y para examinar hasta qué punto se le puede, no solo

mirar como un hombre de númen, sino tambien como bienhechor de la humanidad.

Esta cuestion se ha suscitado muy raras veces. La crítica se ha limitado a observar las artes en si mismas; y cotejándolas con un tipo ideal ya convenido, se ha dedicado muy poco a investigar las modificaciones que introducen en la sociedad las nuevas riquezas puestas en circulacion por los productos de la inteligencia, realizadas, sea bajo la forma poética, sea bajo la forma pintoresca y musical. De este olvido ha resultado que ciertos economistas políticos, hombres frivolos que se creen muy profundos, han considerado en general este talento como una aureola brillante y volandera, como una escrescencia agradable, pero inútil, y finalmen-



Salida de las tropas francesas de Roma. Aspecto de la plaza Monte Citorio, el 1° de diciembre de 1866, en el momento del trasporte de los bagajes del regimiento número 85.

te, como un objeto de recreo sin valor filosófico.

En efecto, Cervantes, Moliere y Shakspeare no han levantado fábricas cuyos productos hayan alimentado poblaciones enteras; y es muy difícil poner en cuenta en el presupuesto de hacienda de un pueblo, como capital reproductivo, el número de Scott ó el de Byron. Según el mismo sistema, las admirables investigaciones de Locke, los tratados de moral de Franklin, y todo lo que ha ilustrado ó elevado las inteligencias, como no se transforma materialmente, y á los ojos del observador en barras de oro, en guineas, en pesos, en reales, se debería desterrar con todo rigor de los estados bien administrados. Sin embargo, el sacerdocio del pensamiento es, á nuestro parecer, la mas poderosa en riqueza de todas las profesiones, la mas fecunda en resultados que aumentan el bienestar general. Verdad es que este cómputo es muy difícil; mas todas las ciencias experimentales que ocupan al hombre tienen el mismo inconveniente: las bases en que reposan parecen vagas, por mas que sean fijas y ciertas. Para calcular con exactitud el influjo económico de los hombres de número sobre la civilización, sería menester tomar en cuenta, primero la riqueza positiva que pone en circulación la venta de sus obras; en seguida la reproducción de esa riqueza, que duplican y triplican los imitadores de su número; el movimiento que imprimen á la sociedad, y las nuevas riquezas creadas por el amor al trabajo y la actividad intelectual que derraman. Es tan dilatado bajo este respecto el poder de un escritor, que se puede decir que hay de todos los cálculos. Si tomamos á Shakspeare, por ejemplo, veremos cuánto se extiende este influjo que abraza el horizonte de un inmenso porvenir.

Shakspeare alimentaba un pequeño teatro que le mantenía, y cuyas ganancias le pusieron en estado de poder comprar, en su vejez, algunas hanegadas de tierra y una casita en su país nativo. Después de su muerte, cuando empezó á darse á conocer y sentir su inteligencia, desconocida de sus contemporáneos, no solo se alimentó el teatro de su patria con el fruto de sus trabajos, sino que dió nueva prosperidad á una multitud de ramos de industria. Cuéntense, si cabe, los actores que creó y alimentó, los hombres empleados en lo material de la escena, los pintores que realizaron en decoraciones los pensamientos del poeta, los grabadores ocupados en reproducir sus obras, los impresores y los libreros que han dedicado á un solo escritor tantas y tan lucrativas ediciones, los artistas de todas clases que transformaron el mismo pensamiento filosófico en cuadros, en óperas, en novelas, en disertaciones críticas, en sábias y minuciosas investigaciones sobre la época en que vivía Shakspeare, sobre el objeto de sus dramas, los personajes de sus piezas, sus contemporáneos, sus amigos, su vida privada, sus inclinaciones, los modelos que estudió y los autores que le imitaron.

Ni sería exacto el cálculo, si no se siguiese el influjo de este grande hombre en los países extranjeros. El mismo impulso que ha dado á la Gran Bretaña, se ha propagado en la América, en Francia, en Italia, y hasta en España, siendo especialmente poderoso en Alemania, donde se ha consagrado al solo Shakspeare toda una biblioteca de obras, algunas de ellas muy notables. Como creador de riquezas, el hombre de número se lleva la preferencia sobre el mas rico manufacturero, sobre el mas diestro banquero. Solo puede compararse con el inventor de una máquina, como la de vapor ó la de Arkwright (1) para hilar el algodón, y aun debemos decir que la riqueza producida por un nuevo mecanismo es necesariamente mas reducida en sus efectos lejanos que la que crea un hombre como Shakspeare. ¿Dónde se detendrá esta inteligencia? ¿Dónde encontrará límites su fecundidad? Ella fructifica todavía después de dos siglos; porque, desengañémonos, la inteligencia de Shakspeare es la que ha producido á Walter-Scott.

Respeten pues los escritores severos, entregados á los estudios positivos, no solo como brillantes fenómenos, sino como útiles trabajadores, á esos hombres cuya alta inteligencia no tiene al parecer ninguna relacion con la esfera de los intereses materiales. Desconocer su influjo sobre la riqueza social es ignorar que la lluvia es fecunda porque cae de muy alto. No solamente crean la riqueza, sino que conservan los móviles sin los cuales ninguna riqueza sería provechosa. Las grandiosas ideas morales que emanan de todos los buenos escritos contribuyen á la actividad que constituye el bienestar social, y á la industria que la conserva en una proporcion difícil de calcular, pero que es imposible desconocer. ¿Quién no convendrá en que los escritos de Franklin ocupan un lugar importante entre las causas que han impelido por sus sendas de mejora y rápido engrandecimiento á las repúblicas de la América del Norte? El agua que cae de la regadera del jardinero hace germinar y florecer la planta que humedece; mas el rocío del cielo, imperceptible é impalpable en su caída, no es menos necesario á los progresos de la vegetación.

Volvamos á Walter-Scott. Muchos son los beneficios positivos y materiales que de un modo directo ó indirecto ha hecho á la sociedad actual. Él es el primero que, descubriendo y poniendo en práctica la belleza poética de nuestros primeros tiempos, de las edades heroicas de Europa, se ha lanzado por esta carrera de investigaciones y estudios. Nada se exageraría atribuyendo á Walter-Scott, y solo á él, el gran movimiento de las artes hacia el estudio mas profundo de la edad media. Las formas griegas, que ninguna relacion tienen con nuestras costumbres setentrionales y nuestras ideas cristianas, habian usurpado insensiblemente un asiento que no les pertenecía. A la voz del encantador, á la aparicion del genio feudal llamado por Walter-Scott, se operó en todos los ramos del arte un movimiento inesperado; no solamente hicieron sudar la prensa una multitud de imitadores, sino que los trajes, la decoracion interior de los aposentos, el estilo de arquitectura, la fabricacion de los muebles, de las porcelanas y de tapices se apartaron de los tipos griegos para volver al estilo gótico, ó á su remedo mas ó menos feliz. Muchas columnas de guarismos con miles de unidades no bastarian para dar el total de la riqueza industrial puesta en movimiento por un solo talento.

Ni se diga que ratiocinamos sobre una hipótesis, y que esta afición nueva á la edad media resulta de causas ajenas del número de Walter-Scott. Antes de él, y aun en su tiempo, algunos anticuarios muy instruidos, poetas hábiles, escritores que no carecian de instrucción ni de elegancia, procuraban hacer renacer la afición á las viejas costumbres de la literatura moderna. Púédese citar, entre otros, al mordaz *Horacio Walpole*, al sabio *Strutt*, y en Francia á los señores *Chateaubriand* y *Marchangy*. Sin embargo, ninguno de ellos pudo determinar este movimiento que provocó en Europa la publicacion de poemas y novelas escocesas.

¿Acaso el nacimiento y el desarrollo del número no son tan solo un acontecimiento literario, sino tambien un suceso social? Tal vez solo él revuelve hasta en sus últimas profundidades la masa de las instituciones y de las ideas. Es muy singular que hasta ahora no se hayan considerado las obras del talento sino como frívolos pasatiempos, y que no se haya calculado ni su influjo social ni la acción que han ejercido sobre la riqueza de las naciones. Un economista moderno os dirá que la civilización de la Grecia antigua era únicamente hija de la invención del arado; un crítico os enseñará que Homero creó la civilización intelectual de la Grecia; mas uno y otro se olvidarán de decirnos que la industria material, las artes plásticas, la arquitectura helénica, deben mas á Homero, á su gloria, á sus escritos, que á todos los hombres cuyos nombres llenan los anales de aquel pueblo. Como este influjo del talento sobre la civilización, sobre el comercio y la industria, no obra de un modo directo, una frivolidad harto conocida lo descuida y lo olvida. Se hacen dos clasificaciones de las celebridades y de los talentos. El sabio se ve casi obligado á despreciar al artesano, y el artesano al sabio. Tiempo es ya de borrar esta distinción, que nada tiene de verdadero, y que ha sido tan fatal á mas de un pueblo.

El trabajo sigue á la moralidad, y la riqueza al trabajo. El moralista, no el que encerrado en una fría abstracción, no abraza ni atrastra ninguna masa de lectores, sino el que tiene sus oyentes, su círculo, sus amigos, su asamblea europea, produce riqueza porque crea trabajo. El que negase á Fenelon su lugar entre los bienhechores de la Francia, el que no reconociese cuántas ideas fecundas ha derramado este grande escritor al acaso y casi sobre una tierra estéril, en medio del gran siglo de Luis XIV; el que no viese que las ideas económicas del siglo décimotercero, madres de las mudanzas que se obraron durante la revolución, fechan de sus escritos y de los de Vauban, no le haría ciertamente justicia. Juzgad á Walter-Scott como útil y activo moralista, como creador de moral y de virtudes, ó, lo que es lo mismo, de trabajo y de riquezas. Comparad su influjo práctico con el de los moralistas sistemáticos, y hasta con el de los profesores de moral que desempeñan el papel mas hermoso y mas difícil de desempeñar, y que dan á su auditorio desde el púlpito lecciones consagradas por la autoridad de Dios. Esta lección, colocada en un discurso escrito ó declamado, solo tiene un poder secundario; pero póngase en un drama, viva en los personajes, realícese en las animadas escenas que el genio eterniza, y ¡veréis cuál será su poder!

¿Son acaso nuestras universidades, nuestro clero los que de medio siglo á esta parte han modificado la moral popular? No; no es suya esta gloria, este cetro, esta varilla mágica. En el siglo décimosexto, y hasta fines del décimoséptimo, en tiempo de Lutero, de Vinco, de Bossuet, esta regalía digámoslo así, sacerdotal, robustecida por el poder de la idea religiosa, no habia caído aun de las manos sacerdotales. Mas hoy se han apoderado de ella otros hombres; el verdadero sacerdocio está en otra parte: el valor real de los sermones ha perdido una parte de su peso en la Europa, merced á los abusos que de ellos ha hecho el clero, y á la idea generalmente esparcida de que el antiguo apostolado ha venido á ser una industria y un ramo de comercio. Por otra parte, la gravedad de la forma que rechazaban tantas inteligencias frívolas y amantes del placer, no permite ni á los sermones de Blair, ni á los de Masillon, ni á las teorías de Locke desarrolladas con tanta frialdad, el hacerse dueños de todas las inteligencias, apoderarse de todos los ánimos é insinuarse en todos los cimientos de la sociedad. A la voz del mago escocés, cien mil familias reunidas y atentas dejan sus ocupaciones diarias, y beben con ansia los preceptos ocultos de moral, de dulzura, de justicia y de imparcialidad que contienen sus páginas. Estas páginas omnipotentes penetran en la tienda, en el taller, en el salon del palacio, en el retrete de la doncella, debajo de la almohada del estudiante, y hasta en la morada del vicio, donde van á derramar algunas influencias saludables. Puede dudarse,

si, de que los colegios y universidades pongan en claro las costumbres de las generaciones. Pero este grande colegio de hombres de talento, cuyo jefe ha sido Walter-Scott durante cuarenta años; esta grande escuela del mundo que tiene todos los talentos por profesores y todas las pasiones por discípulos, prepondera sin duda en influjo sobre todas las universidades esparcidas por la haz del globo.

Reúnanse el clero ortodoxo y el clero disidente, los moralistas sistemáticos y los filósofos declamadores, los hombres políticos y los filántropos, todos los misioneros en fin de la humanidad; prueben un esfuerzo común, y verán que Walter-Scott se les ha anticipado ya, y que ha esparcido antes que ellos los principios de una moral sencilla y severa; que antes que ellos ha predicado la verdad, la benevolencia, el perdón y la justicia bajo los tamarindos de Ceilan, bajo las palmeras de la India, en las soledades de los Alpes, en los grandes llanos del mundo occidental, en las ciudades sencillas de la Alemania, en las cabañas de Francia. Ha hecho tributario al mundo entero de sus ideas benévolas, caritativas y filantrópicas; sin hablar de su acción sobre su país nativo, cuyo gusto ha mejorado, cuyas irritaciones políticas ha calmado, ejercitando su talento y activando su imaginación. Bastóle para eso un espacio de diez y ocho años; menos de un cuarto de siglo, para un influjo que se extenderá hasta un porvenir muy lejano.

Pero donde mas se ha hecho sentir ese influjo es en Escocia. No solamente han repetido las retiradas montañas de este país el eco melodioso de la civilización, no solamente se han animado á sus acentos las clases mas embrutecidas de sus conciudadanos, de una vida mas poética y de un nuevo entusiasmo; no solamente ha creado nuevas riquezas y ha activado la industria de sus conciudadanos, sino que los hombres que tienen sus destinos en sus manos, los dueños de su libertad, los que pueden darles á su antojo la pobreza y la opulencia, han sentido desvanecerse sus preocupaciones, nacer en sus almas un interés mas vivo por la humanidad. ¿Desde cuándo se han dirigido hácia Escocia las miradas de toda la Europa? ¿quién es el que ha hecho de la Caledonia el país poético por excelencia? Considerando á Walter-Scott como economista, vemos que su aparicion ha hecho correr rios de plata y oro en la Gran Bretaña, que ha hecho renacer sus manufacturas, que ha atraído á los viajeros que han recorrido este país en todas direcciones. Los nombres de Wallace, de Bruce, de la Caledonia han resonado en todos los teatros y han llamado la atención universal sobre sus hábitos, sus costumbres y tradiciones. Calcúlese, si cabe, el impulso dado por un solo hombre. Cuando una nación se mira de esta suerte como el blanco de las miradas de los demás pueblos, una vanidad natural la conduce á despertarse, á redoblar su actividad y energía, á aumentar su propio valor. Se ensoberbece de sí misma, y no tarda en hacerse digna de la aureola que la adorna. Desgraciadamente estas consideraciones importantes y verdaderas son generalmente desconocidas. Walter-Scott, uno de los soberanos intelectuales del mundo moderno, murió abrumado por los trabajos que se impusiera para reparar la ruina de su fortuna. Ese pueblo, que tanto le debía, ha dejado al anciano que levantase por sí solo, y con sus manos trémulas y débiles, el edificio de su patrimonio. Cuando la estrella de la adversidad se alzó sobre los torreones de Abbotsford, á los ingleses tocaba escudarlos y protegerlos, y devolver al número que los habitaba, no solo los placeres que les habia prodigado, sino una pequeña parte de la opulencia que ha derramado sobre su patria.

Walter-Scott, considerado á menudo como partidario de la aristocracia, es de hecho el demócrata que mas ha influido sobre nuestra época; ha dado á conocer el hombre al hombre: gracias á él, los nobles sentimientos que abrigaba el corazón de Juanita Deans han enternecido á la princesa; gracias á él, el hombre del pueblo ha sabido que un rey era un hombre. La gran verdad moral de la hermandad humana, esa verdad común, pero despreciada, no ha tenido un predicador mas hábil ni mas feliz; y en una época como la nuestra, era esto un servicio sin igual. La profunda amargura que se mezcla á los sentimientos aristocráticos, el odio del rico contra el pobre, la animosidad del pobre contra el rico, no han tenido nunca un conciliador mas mañoso. ¿Dónde, exceptuando tal vez los dramas de Shakspeare, se halla profesada con una convicción mas cabal y de un modo mas claro la igualdad universal de los hombres que en las novelas de Walter-Scott? Bajo todas las latitudes se han formado los mismos intereses, las mismas pasiones, las propias ideas, los mismos derechos, cualquiera que haya sido la distancia que separa á todas esas individualidades. ¡Extraño resultado! Ni aun el mismo Walter-Scott supo el inmenso servicio que hacia. Hombre del pueblo, nadie mejor que él conocía el fondo de las ideas populares. Tor y sabio, pertenecía á las clases privilegiadas de la sociedad cuyas preocupaciones y hábitos parecia abrigar bajo ciertos respetos; era, digámoslo así, un trujaman necesario entre los dos campamentos enemigos, un intérprete benévolo, un hombre cándido, explicando con igual ingenuidad los móviles de las flaquezas reales y los de las locas connotaciones populares. Por sus costumbres rústicas, por la sagacidad práctica de su talento, verdadero paisano escocés, astuto y ladino como un normando, se asociaba por su gusto poético á la caballería de los tiempos pasados, á los recuerdos de la monarquía y de la aristocracia, á las coronas medio rotas del feudalismo, á los viejos trofeos de las cruzadas. Gracias pues á él, á

(1) Este hombre, barbero de oficio, inventó la máquina de hilar algodón á la que debe en gran parte su prosperidad la Gran Bretaña.

él solo, se ha establecido un punto de comunicacion entre lo pasado y lo presente, la aristocracia y el pueblo, la república y la monarquía, la realidad y la poesía. ¿Qué es el númen sino el talento de comprenderlo todo? ¿Qué la estupidez de las facciones y la simpleza del fanatismo, sino el no comprender mas que la mitad ó una pequeña parte de las cosas?

Mas de una princesa en Europa ha debido enternecerse con la relacion de los infortunios de la pobre Juanita Deans; mas de una mujer de las clases inferiores habrá derramado lágrimas sobre la suerte de Maria de Escocia, tal como nos la ha manifestado el grande hombre. Ved ahí pues el genio de amor universal que se cierne sobre sus hermosas composiciones, los derechos reales que tiene el autor de contarse, no entre los bufones de una sociedad elegante, sino entre los verdaderos bienhechores de nuestra época.

Walter-Scott no es uno de esos filántropos que levantan castillos en el aire para mejorar la sociedad; él hace mas y mejor para ella. Reune sus elementos mas opuestos por medio de un vínculo de amor y benevolencia real. El esclavo Gurth y Corazon de Leon se dan la mano y se comprenden. En los cuadros de esclavitud que ha trazado Walter-Scott, reina el espíritu de libertad á despecho del mismo autor. Nunca se ven en sus cuadros populares la aspereza ni la violencia democráticas, antes bien borra y desdena esos falsos y odiosos sentimientos. No se contenta con predicar la fundacion de establecimientos de caridad, sino que derrama esa misma caridad en lo mas íntimo de las almas: suaviza los movimientos irritantes que alimentan unas contra otras esas clases hostiles; prodiga la claridad y el calor sobre las tinieblas de la desmantelada choza, sobre la cama de la pobre Elspeth. Lo repito, en la época de disturbios en que vivimos, esta imparcialidad es lo mas sublime.

Las mujeres sobre todo le deben un agradecimiento particular; él las ha pintado en las situaciones mas humillantes, locas á veces, á menudo criminales, pero siempre interesantes. Se ha reprehendido en Walter-Scott el haber dado poca vida é individualidad á muchas de sus heroínas; pero echad una ojeada sobre la sociedad, leed la historia, preguntad á las crónicas, pensad en lo que hacen de este sexo las instituciones, contad el corto número de mujeres notables que se desarrollan bajo su influjo, y reconoceréis que Walter-Scott tenia razon. Las tres cuartas partes de mujeres no son, como las del novelista escocés, pasivas, delicadas, sufridas, amoldadas á las prendas y defectos de los que las rodean, sino nulas ó insignificantes de suyo. Por una Flora Mac-Ivor, por una Diana Vernon, por una Rebeca, por una Juanita Deans, encontrareis en el mundo mil mujeres semejantes á las suaves y pálidas heroínas que el fiel pincel de Walter-Scott ha reproducido en sus novelas, sin quitarles nada de su ingenuo encanto, pero sin concederles prendas que no tienen.

Flora Mac-Ivor no será ciertamente una excepcion aislada, cuando sean mejor conocidos los derechos políticos de las mujeres; y el desprendimiento de Juanita Deans, y los recursos personales y el valor de Diana Vernon, serán mas comunes, cuando se haya cambiado el sistema de educacion de las mujeres y desarrollado sus capacidades intelectual y moral. Las heroínas de Richardson y de Fielding, comparadas con estas mujeres, tienen algo de apocado y de menos natural. Clarisa Harlowe es una puritana de muy mal humor, que confia demasiado en su virtud, y que cae en una falta muy grave, cruelmente castigada. La niña que ocupa el lugar preferente en *Tom-Jones*, no carece, es verdad, de suavidad y gracia, pero ¡cuánto mas curiosa y cuidadosamente profundizados están, cuánta mas vida tienen los rasgos característicos de Rebeca y de esas otras heroínas que acabamos de citar!

El mismo escritor de que hablamos ignoraba, no la grandeza de su mision, sino los servicios que hacia. No se miraba ni como un hombre político, ni como un moralista, sino como un inventor de ficciones, y se ponía modestamente en la clase de los últimos que pueden gloriarse de alguna utilidad social. Este error es comun á las inteligencias mas poderosas, á los hombres mas distinguidos. Cervantes estuvo muy lejos de pensar que su hermosa novela de *Don Quijote* aumentase en un maravado la riqueza material de su pais. Walter-Scott ha escrito y pensado que las ficciones á que se dedicaba, buenas, á lo mas, para recrear, no podian aspirar al menor influjo social. Considerad sin embargo lo que era la Escocia cuando nació él, y lo que ha hecho de ella: el mismo genio de Burns solo había brillado con una luz escasa que no se había extendido mas allá del horizonte de los tres reinos. La Escocia, dependiente de la Inglaterra, pais antes poco conocido, y que no tenia mas que una ciudad y un puerto, parte hoy dia con el pais vecino la atencion y el pasmo de la Europa. No es Walter-Scott quien ha abierto sus canales, elevado sus fábricas, trazado sus carreteras; pero si remonta á él en gran parte el movimiento social á que debemos atribuirlo.

Si se requiriese un cálculo aritmético, manifestaríamos en primer lugar, como influjo directo, el valor comercial puesto en circulacion por las novelas de Walter-Scott, valor duplicado por el lujo de las ediciones y los adornos progresivos con que se han hermo-seado; acrecido por las traducciones hechas en todos los idiomas de Europa; aumentado aun por la infinidad de imitaciones que han hecho nacer esas novelas, por las piezas de teatro que sobre ellas se han amoldado, por el gusto nuevo que han dado á las modas, á las pinturas, á los muebles. El grande movimiento que ha

hecho el comercio de libros de treinta años á esta parte, esto es, desde la época de Voltaire, se debe seguramente á Walter-Scott (1). Dijimos mas arriba que solo á sus obras se debía el renacimiento de las artes modernas y su tendencia hácia la edad media; las hemos considerado como móviles que han hecho nacer el amor al trabajo y la moralidad en las clases inferiores y superiores; como agentes que han derribado ó al menos debilitado la peligrosa valla que separa las clases pobres de las ricas. Ningun hombre tiene mas derecho que Walter-Scott al reconocimiento público bajo los títulos de bienhechor y criador de riquezas. En cuanto á nosotros, nos creeríamos dichosos, si esas consideraciones, hechas casi al acaso, moviesen á los talentos graves á dedicarse á esas indagaciones, á no mirar en adelante al númen y al talento como meteoros que brillan y que vuelan, y á ver en fin en sus obras los tesoros reales de la humanidad.

La caridad en el invierno.

¿Qué diferencia tan suma ofrece la imagen del invierno, segun el concepto con que se le presencia! Mirada en el albergue del acaudalado, representa la estacion del regocijo y de la magnificencia; y si se la repara desde el solar del menesteroso, es el simbolo de una temporada de escasez y desconsuelo. Allí el poderío del hombre avasalla á la naturaleza; aquí tiene que postrarse ante ella. Ostenta por aquel lado un rostro muy risueño, y por este lo muestra muy ceñudo. Terrible prueba que viene todos los años á dividir á los hombres en dos inmensas cuadrillas, quebrantada la una por el deleite, y acosada la otra con los padecimientos.

El arte con que el hombre ha sabido trastocar la naturaleza y transformar el invierno, es una de las particularidades que mas nos deben engreir, pues nos está demostrando la trascendencia de nuestro linaje. Trasladémonos á la morada de un rico, y veremos un paraíso sobre la tierra; el temple mas halagüeño reina allí, resguardado del viento y de la lluvia, no se siente jamás el frio de las madrugadas, ni los ardores del sol en el medio dia, sino que se goza de continuo la apacible templanza de una amenísima primavera. La noche, por decirlo así, es enteramente desconocida, y si se le da entrada para fomentar el descanso, es tan solo á la hora que se quiere, y modificándola por medio de una claridad suave, y aun las mas veces se trastueca el orden natural, convirtiendo en dia lo que en la naturaleza es noche. Los blandones que la iluminan, despidiendo una luz menos deslumbradora que la del sol, no cansan tanto la vista, y presentan una decoracion no menos vistosa que variada: son otras tantas estrellas que, combinadas con el mas exquisito gusto, forman ramilletes, coronas, ó bien guirnalda de colores diferentes. El esmaltado verdor de los prados se aparece en riquísimas alfombras que no se marchitan bajo el pié que las pisa, y el movimiento y hermosura del emparrado quedan compensados por primorosas telas airoosamente colgadas. Ni se echan de menos las flores, porque los mas preciosos arbustos cargados de todas las galas con que en la primavera los adorna la naturaleza, forman en aquellas habitaciones unos deliciosos recintos. Tampoco faltan ramilletes que, ó están distribuidos con elegancia acá y acullá, ó colocados encima de los tocadores, están destinados á engalanar los trajes ó realzar los prendidos. Si se quieren hermosos puntos de vista y grandiosos horizontes, los pintores, con la magia de sus pinceles, parece han hecho retirar las paredes, dejando que la vista, engañada por la perspectiva, vaya á engolfarse mas allá de lo que se pudiera apetecer. Ora en ricos arabescos nos presentan una naturaleza enteramente nueva, toda de imaginacion y de capricho; ora nos abultan la misma realidad, ofreciéndonos los mas admirables paisajes de la tierra, escogidos en todas las partes del mundo, ó en las escenas de tiempos pasados, á fin de darnos á conocer cuanto embelesa nuestra atencion. Los espejos, cual si fueran maravillosos estanques encerrados en márgenes de oro, suplen la falta del agua y de sus agradables reflejos, engrandeciendo, por medio de las imágenes que crean, el espacio y sus resplandores. En fin, si tuviésemos que referir circunstanciadamente lo que pasa en los banquetes, sería nuestra tarea interminable. El invierno presenta reunidos todos los frutos así como todas las flores: es la estacion de Como, si el estío es la de Ceres; pero el cuerno de la abundancia de aquel es mucho mas rico, y de él manan todos los bienes del mundo. Los antiguos tenían la costumbre de representar al invierno bajo la figura de un viejo melancólico, cubierto con un vestido mugriento y andrajoso, calentando, á una mezuquina hoguera, sus dedos tullidos de frio; los antiguos sin duda quisieron representar el invierno de la naturaleza: si se quisiera pintar al invierno civilizado, convendría echar mano de un simbolo enteramente diverso, y en el que podría sobresalir el pintor con su númen peregrino. Para presentar dignamente acabada esta figura, no solo sería necesario golpear en ella todos los atribu-

(1) Escribió quince tomos de poesías y noventa tomos en prosa; sus cartas, si se recogiesen, formarían veinte volúmenes mas. En todas las partes del mundo se encuentra el busto de Walter-Scott par Chantrey, hecho en mármol ó piedra, ó amoldado en barro. En 1830, un contrabandista llevó dos mil á América, y mil y quinientos á las Indias Orientales.

tos de las demás estaciones unidas á los que denotan regocijo y opulencia, sino tambien todas las señales del ingenio y de la pujanza humana.

Si sin jamás haber salido del mundo artificial que acabamos de bosquejar, si sin haber jamás conocido otro, adelantáramos un paso fuera de él, ¡qué asombro! ¿No nos parecería haber caído de una tierra de bendicion á otra region maldita? Un fúnebre capuz enluta la tierra; todo parece muerto. Únicamente reinan el frio, la tristeza y el silencio. como si el fin del mundo hubiese ya llegado. Apenas el silbido agudo del cierzo se deja oír de cuando en cuando para manifestar que la creacion no está aun enteramente helada y privada de movimiento. Las aguas están cuajadas, y el sol, encapotado por una niebla densa parecida al caos y reemplazado por una luz empañada y cárdena, parece haberse puesto para siempre. Hasta la naturaleza asoma como lastimada con las infinitas precauciones que ha tomado para sustraer de este trance fatal todo lo que tiene vida. Envía á las plantas una insensibilidad bienhechora, durante la cual parecen como muertas y ajenas de todo quebranto. En unas, el principio vital no se abriga mas que en las raíces; en otras, no mas que en la semilla; y en todas, está esmeradamente envuelto y guardado de las perniciosas influencias exteriores. Su vigilancia se extiende igualmente á todos los vivientes; á los mas delicados les avisa con tiempo para que partan á bandadas á otros climas templados, donde, al abrigo del invierno, puedan disfrutar una apacible primavera. A otros, demasiado pesados para avenirse á una emigracion, los aletarga, y pasan el invierno como las plantas; á otros, en fin, aunque en corto número, dotados de un temperamento bastante fuerte para arrostrar el invierno y pasarlo sin riesgo, les da en esta época los vestidos necesarios para resistir la crudeza del frio, trocando sus ligeras pieles de verano por otras mas velludas de invierno. Así vela la naturaleza sobre todo cuanto respira en la estacion del veyto desamparo. Solo el hombre queda abandonado á sus propios recursos; emancipado de la tutela de la naturaleza, labra él mismo su suerte. Si algunas dificultades se tienen que superar, no puede confiar, para sostener su vida, sino en sus propias fuerzas y en las de sus hermanos: la naturaleza viene á desconocerle.

Si el afan combinado de todos los hombres reunidos en sociedad no alcanza á contrastar el invierno, desamparado al hombre, y apersonado cara á cara con la naturaleza en aquella fria estacion: yacerá el desventurado; ó bien, como los irracionales y los salvajes del Norte, se verá reducido á socavar en la tierra un hoyo donde sepultarse con alguna corta provision, en la sujecion y en la estrechez, lejos del ambiente puro y de la luz del cielo. ¡A la verdad, sería su estado harto trabajoso! Pero haced mas. Dejando al hombre entre sus semejantes, quitadle adustamente la mejor parte del fruto de sus sudores, imposibilitadle sus afanes provechosos, y privadle al propio tiempo de todo auxilio y resguardo: entonces si que se presenta acreedor á toda nuestra compasion. Si el invierno, en medio de una anchurosa campiña helada y despojada de todos sus habitantes y de toda vegetacion, parece haberla convertido en el dominio de la muerte; si el invierno, repito, en medio de los espantosos desiertos que forma la nieve, infunde á nuestro entendimiento los mas sublimes conceptos de aniquilamiento y asolacion; visto en la morada del pobre, nos traspasa mas hondamente el corazon.

Después que en la morada del rico hemos visto un mundo desconocido á la naturaleza, y no menos magnífico que aquel que campea en sus dias mas despejados, podríamos, entreabriendo algunas puertas que dan tambien á las calles de nuestras poblaciones, fijar nuestras miradas sobre un mundo de afliccion, desamparo y padecimientos, muy distinto del primero, y al que nada de cuanto existe iguala en tristeza. Si se debiesen justipreciar los objetos por sus meras apariencias, se podría decir que por un lado hemos visto el paraíso, y por otro el infierno. Allí no hay mas que pobres medio cubiertos con algunos harapos que no resguardan del ambiente crudísimo, sin un albergue donde guarecerse, sin combustible con que calentar sus ateridos miembros, con penetrantes calofrios que estremecen todas sus carnes; y entre tanto las horas de la noche van sucediéndose pausadamente unas á otras, cada vez mas heladas. Ni es lo dicho lo mas horroroso. Familias enteras, sin pan y sentenciadas, á pesar de sus desvalidos anhelos, á la inaccion y á las angustias que le son consiguientes; estómagos vacíos y sin aspirar mas que aire; niños atacados por el hambre en la flor de su edad, y quejándose á sus padres, como en la torre de Ugolino, de sentirse morir de extenuacion; niños espirando en los pechos helados y áridos de sus madres, y por todas partes finalmente, cuerpos en continuo martirio y almas en pena. Pero, ¿por qué seguir mas adelante una relacion tan desconsoladora? ¿Hay por ventura alguno tan extraño á los quebrantos de la sociedad, que no haya columbrado, aunque no sea mas que por un extremo, el mundo de los pobres en invierno, y la volandera vislumbre de aquella perspectiva no le ha impresionado mas que todos los cuadros que pudiera presentarle un escritor? Si nos complacemos en decantar los primores y regalos del género humano, tambien nos duele el tener que contar sus llagas y retratar sus desdichas. Es una cuenta que cada uno se forma fácilmente á sus solas, y que es muy sagrada para que entablemos sobre ella una declamacion.

Pero, ¿qué mano abrirá, no con la imaginacion, sino en la realidad, las puertas de los lugares de delicias para franquear una parte de los bienes hacinados allí

con tanta abundancia, y llevarlos á los albergues de la pobreza? ¿Qué mano irá á recoger en los banquetes las migajas desperdiciadas que han caido de la mesa, y las llevará al infeliz Lázaro para aliviar el hambre que le traspa, y poner término á sus quebrantos? ¿Qué mano arrebatará del centellante hogar algunos tizones, para que el pobre, en su triste choza, pueda por un instante desentumecer á la llama sus heladas manos? ¿Qué mano partirá en dos la capa, y cortará los pliegues pomposos é inútiles, para cubrir con ellos las espaldas del que necesita de vestidos, y se halla en el desamparo? ¿Qué mano, extendiendo sobre el desvalido el arrimo que le niega naturaleza, le preservará del mal y le sacará de tanta angustia? ¿Por qué virtud, en una palabra, el poder del hombre volando mas allá de las regiones de placer donde le vemos tan pujante, y extendiendo su imperio por donde quiera exista un desventurado, ahuyentará la horrible figura del invierno, aun de los sitios mas recónditos? Muy poco es haber logrado que reine acá y acullá una eterna primavera; es preciso hacer que el invierno no deje sentir en ninguna parte sus desapiadados rigores. Ultraja la naturaleza al género humano entero, siempre que se atreve á lastimar á un hombre sano y robusto.

Penetrémonos pues de los suaves impulsos de sociabilidad que á todos nos ha unido, y procuremos, no precisamente ser felices nosotros, sino resguardar tambien á nuestros cuitados hermanos contra los asaltos violentos de la naturaleza física. Si el talento humano, creando las maravillas de las artes y de la industria, ha comenzado la victoria del hombre sobre las influencias materiales que le incomodan y dañan, la caridad completa, el triunfo cabal será el que llame á cuantos padecen á participar del beneficio. Si el talento encarga al hombre que reserve para el invierno las provisiones necesarias en aquel tiempo de escasez, la caridad le enseña á abastecer mesas grandiosas para poder saciarse todos los hambrientos. Si el talento enseña á hacer reinar sobre el ambiente, aun en lo mas crudo del invierno, un



El general Dix, nuevo ministro de los Estados Unidos en Paris.

temple agradable, la caridad, dirigiendo la circulacion de este calor, lo lleva hasta la morada del pobre. Si el talento enseña á criar rebaños para con su lana prepa-

rar mullidas camas y tupidos vestidos, la caridad, remediando la desnudez en que nos ha dejado la naturaleza, extiende su manto sobre las espaldas del menesteroso, y permite que debajo de él se entregue en paz al sueño sin temer los tiros de la estacion fria; la caridad contrasta la destruccion del invierno y coloca una corona en la sien del hombre vencedor del mal físico. Por esto, al insertar en el primer número del año 1867 un artículo sobre el invierno, nos ha parecido poder colocarlo con alguna discrecion bajo los auspicios de la santa virtud que el cristianismo denomina *Caridad*.

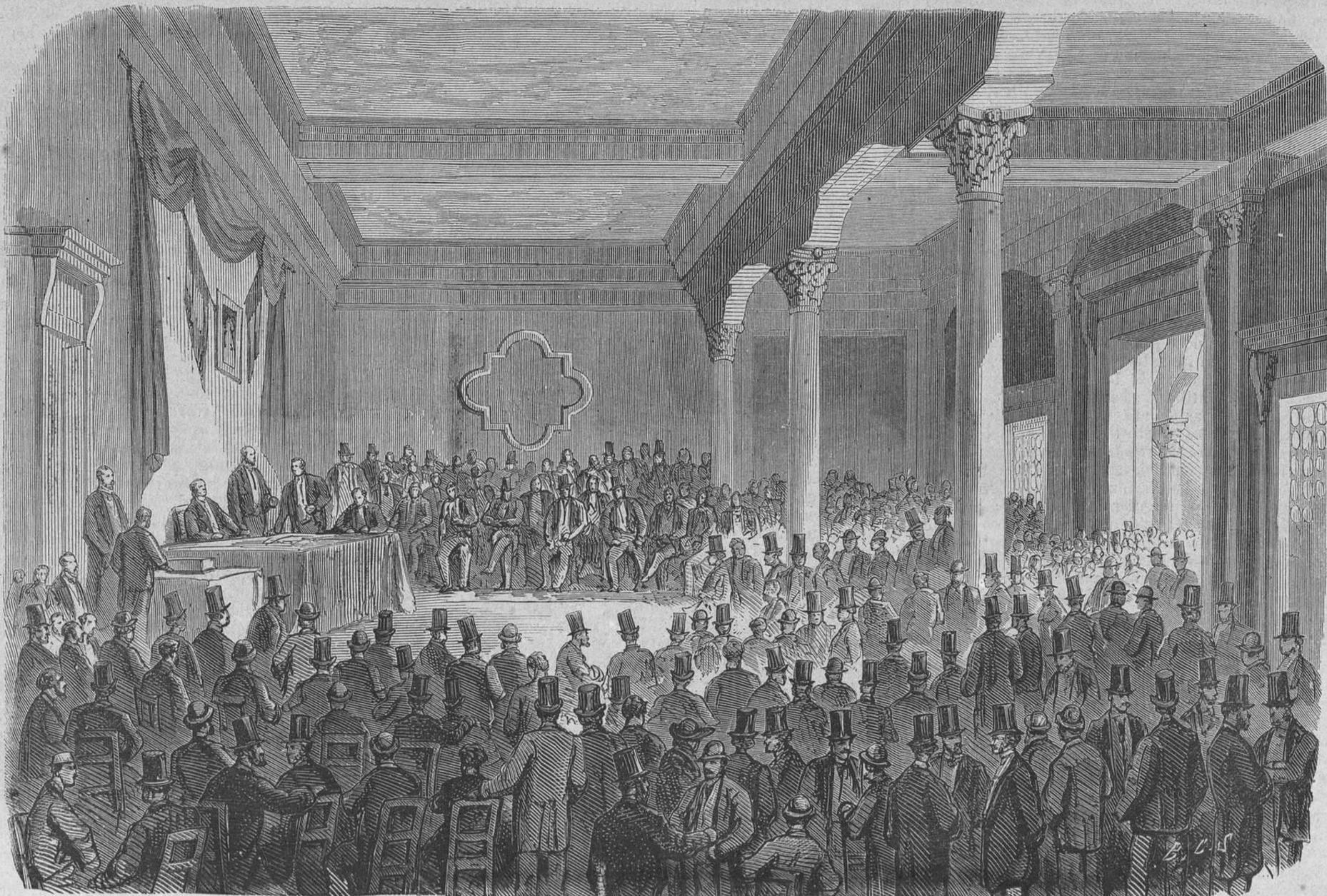
El general Dix.

El general Dix, cuyo retrato damos, acaba de llegar á Paris para suceder á M. John Bigelow en calidad de ministro de los Estados Unidos, y llega en unos momentos en que las relaciones entre la Francia y la Union americana son delicadísimas, por lo cual todo el mundo se ha preguntado cuál seria la actitud del nuevo representante.

Desde luego consignaremos aquí que el general es uno de los personajes eminentes de los Estados Unidos. Nació en el New Hampshire en 1797, y por consiguiente tiene hoy la edad de sesenta y nueve años. Ha sido ministro de Hacienda y ha mandado el departamento militar de Nueva York.

Las personas que ven en la política resuelta del gabinete de Washington un signo de descontento producido en los Estados del Norte por la conducta de la Francia durante la guerra de América, se hallan dispuestas á creer que el general Dix no viene á Paris sino para acentuar mas firmemente aun esta política, y hasta observan sobre este punto que el general es un partidario decidido de la doctrina Monroe.

Nosotros, por el contrario, creemos que el general se mostrará favorable á las ideas francesas y al mantenimiento de un acuerdo entre los dos gobiernos de Francia y de los Estados Unidos. ¿No es



Votacion para el nombramiento de la diputacion veneciana en el palacio Ducal, en Venecia.

esta alianza una de las tradiciones de la política francesa?

El general Dix ha manifestado siempre muchas simpatías á los recuerdos de la Francia. En 1846 pronunció en el Senado un discurso en el que observamos el siguiente párrafo: « No habria sido digno de nosotros, como pueblo, el no sentir por la Francia sino un afecto pasajero. ¿No nos sostuvo la Francia en el momento mas crítico de nuestra lucha por la independencia, y no nos hizo un servicio de los mas esenciales con su cooperacion y ayuda? ¿No fueron desenvainadas en los mismos campos de batalla las espadas de Washington y de Lafayette? Finalmente, ¿no han sido regadas con la generosa sangre francesa nuestras aguas y nuestras llanuras? Por eso los nombres de los Rochambeau, los Grasse y los Estaing se han identificado con todas las fases de nuestra lucha por la independencia; ¡han venido á ser americanos, en cierto modo, y los citamos con orgullo á nuestros hijos como nombres de va-



Diputacion yendo á entregar una bandera de honor regalada por la ciudad de Génova á la ciudad de Venecia.

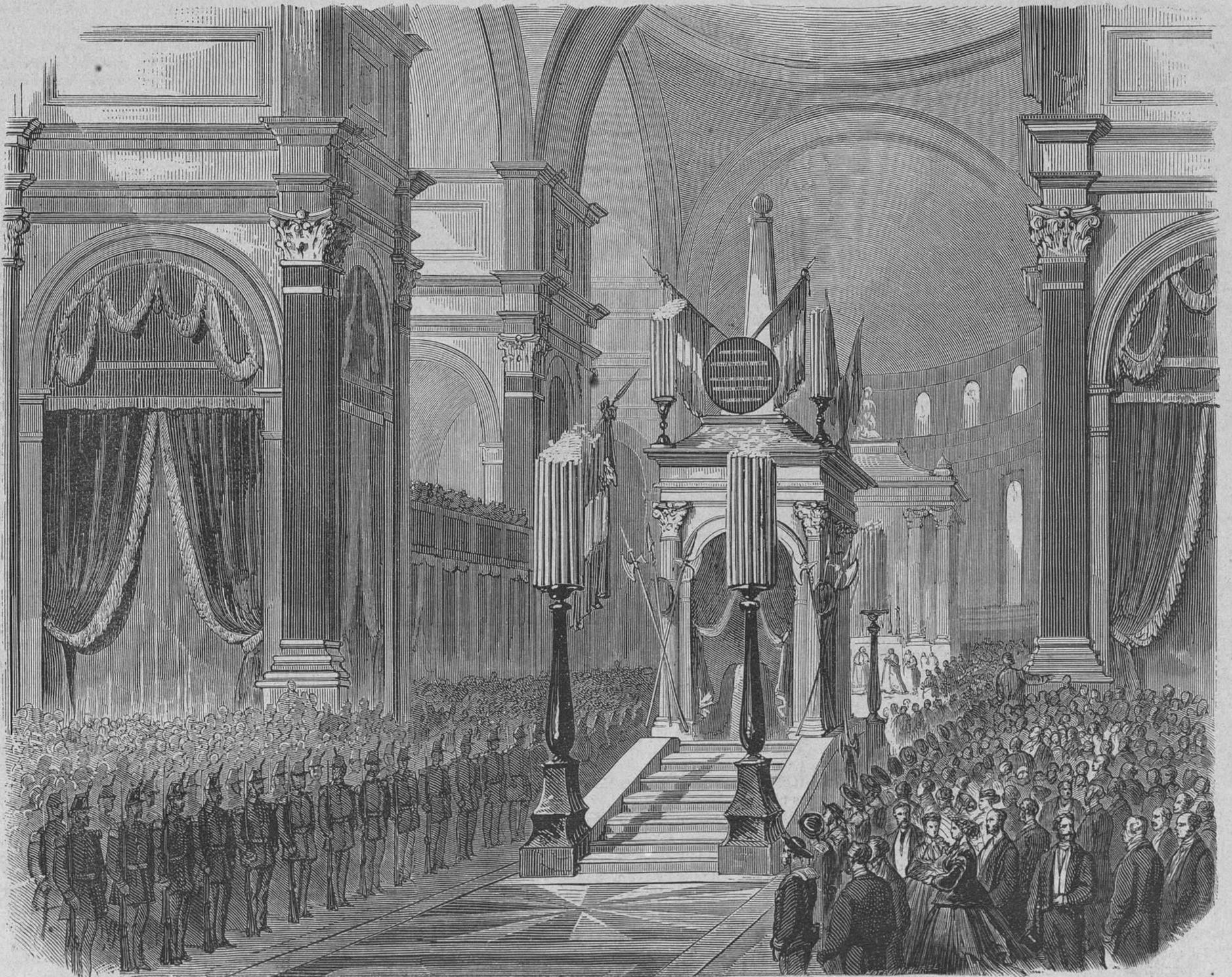
lientes, cuyos brillantes hechos les han merecido inmortal fama! »

Estas palabras, inspiradas por un profundo sentimiento de gratitud, indican sin duda el punto de vista político que servirá de regla al general. En un tiempo en que despuntan en el horizonte los formidables acrecentamientos de la Rusia y de los Estados Unidos, es de buena y sábia política reanudar los lazos que siempre han unido al gabinete de Tullerías con el gobierno de Washington.

H. C.

Revista de Paris.

Hé aqui el gran dia para la poblacion de Paris, el dia de Año nuevo. Dos semanas antes de que aparezca esta fecha memorable ya comenzamos á sentir sus imponderables efectos. El primer mensajero que se presenta á felicitarnos toda clase de bienaventuranzas en la tierra, es el cartero con su



Servicio fúnebre celebrado en Venecia en la iglesia de San Salvador, en memoria de los soldados muertos en Custoza, en Lissa y en el Trentino

almanaque. Esta es la señal, la terrible señal de los aguinaldos parisienses. Al cartero siguen el repartidor de periódicos, el aguador, el mozo de la tienda de comestibles, el del carnicero, el del tahonero, el suizo de la parroquia, el barrendero, la lavandera, y para abreviar la nomenclatura, el portero con toda su prole. En suma, el bolsillo se ha vaciado ya y la gente continúa subiendo la escalera, y no cesa un instante la campanilla.

Después de la contribución directa exigida á domicilio por estos recaudadores y otros muchos, cuyos nombres omitimos porque deseamos olvidarlos lo mas pronto posible, tenemos la indirecta, la que *debemos* á nuestros mejores amigos, que todos ellos anhelan poseer una memoria del año que concluye. Verdad es que esta, que no se paga en moneda corriente, da margen á muchas supercherías. En esa infinidad de tiendas improvisadas que aparecen en los bulevares, hay donde escoger oropeles por poco dinero. Con tal de que el objeto regalado dure un día, basta y sobra. Pero en cambio el que se encuentra en la obligación de dar algo que valga, este, si regala bonbones han de ser de Boissier ó de Siraudin, y si objetos de arte de Giroux, de Susse ó de Taban, y solo el que ha entrado en estas casas de tanta reputación sabe lo que cuestan sus preciosas marcas.

El 1º de enero de 1867 no ha tenido nada que envidiar á sus predecesores. Se fué como de costumbre en medio de la impaciencia de los unos y de los ayes de los otros. Todo el mundo espera lo que no alcanza y de aquí ese sinnúmero de decepciones, que es el coronamiento tradicional de este día célebre.

Verdad es que en la actualidad el horno no está para bollos, como vulgarmente se dice. El año ha sido malo: los acontecimientos políticos han disminuido de un modo considerable la fortuna pública, y en el día que todos se hallan interesados en los valores mobiliarios, su depreciación se ha hecho sentir en las familias todas. ¡Qué de infelices han visto desaparecer el fruto de sus ahorros, el fruto de largos años de trabajo! La gente acaudalada ha sufrido la pérdida murmurando mas ó menos, pero aquellos que han visto desvanecerse como el humo lo que constituía su única esperanza, el pan de sus hijos en lo porvenir, el apoyo y alivio de su vejez, estos se acordarán del año 1866 como de una época nefasta.

¿Acumulará nuevas desgracias este que le sigue, ó será por el contrario un año de verdaderas felicidades? Hé ahí el gran punto de interrogación que se ha cruzado entre las alegrías de la fiesta de Año nuevo. Los políticos repiten hasta la saciedad la consabida frase de que el horizonte está cargado de nubes; pero en cambio de esta amenaza de tormenta, tenemos en París la risueña perspectiva de la Exposición universal, que nos promete un aumento de población flotante considerable, lo que es siempre una buena fortuna para la industria y el comercio. Dejemos pues, los negros vaticinios y hablemos de este fausto acontecimiento, del que apenas nos separan ya tres meses.

Las obras se han adelantado de tal modo, que actualmente nos podemos formar una idea de lo que será este admirable concurso, esta fiesta pacífica de todas las naciones.

La sociedad imperial internacional ha mandado hacer una fotografía inmensa, á cuyo beneficio es fácil comprender la disposición y distribución del vastísimo palacio. Una cosa se observa desde luego, y es que la parte correspondiente á la sección francesa abraza un espacio extraordinario, repartido en sesenta ó setenta subdivisiones.

Penetrando en el palacio por la entrada ó puerta principal, el que visite la Exposición se encontrará en medio de dos establecimientos internacionales. Inmediatamente, por la parte del Oeste, se distingue el magnífico edificio de la Sociedad con sus hermosos bazares. Al noroeste del parque, detrás de las sociedades, se encuentran los sitios ó casas de las misiones protestantes, y seguidamente, al Oeste, se ve el grande espacio concedido á Marruecos y el palacio del bey de Tunes. Al Sur del palacio del bey se encuentran los jardines y edificios de los chinos y japoneses y un poco mas lejos los jardines de Persia, el templo egipcio y la exposición exterior de los brasileños. No será este pues el sitio que ofrezca menos atractivo del parque.

Entre este sitio y la avenida de la entrada principal hay un grande espacio destinado á la Gran Bretaña y á los Estados Unidos. Detrás de esta nación vienen Turquía, los Estados Pontificios y la Italia, que está haciendo grandes esfuerzos á fin de presentarse á la altura de la nueva posición que ha adquirido entre las naciones de Europa. En el terreno del parque inglés están trazados algunos grandes edificios, entre ellos la galería que ha de recibir los instrumentos de agricultura.

Al Mediodía de la avenida de la entrada principal, ó sea la sección situada al nordeste del parque, pertenece á la Francia, y esta es la sección que se encuentra actualmente mas adelantada. Algunos de los edificios tocan ya á su término. La iglesia, en la cual deben exponerse los ornamentos eclesiásticos, está casi concluida. La tienda del emperador está en disposición de recibir la pasta de decoración y muebles, únicos que le faltan; el edificio destinado á la foto-escultura quedará concluido pronto, pues se le están dando los últimos toques exteriores; el gran faro de metal se ve asomar ya del centro del lago. Detrás de la tienda del emperador está la caldera de Thomas y Powel, y detrás de esta habrá algunos modelos de las casas de obreros de Mulhouse. Al Este de estos objetos se verá funcionar la caldera de MM. Gavrian y Léonbeé, y marchando en la misma dirección se encontrarán modelos de casas para los obreros de París.

Habiendo descrito los principales puntos de interés del Norte del parque, nos trasladaremos al Sur. La parte del sudeste aparecerá llena de objetos interesantísimos y de curiosidades tocante á acuarios, estufas, etc. Por la avenida que conduce á la Escuela Militar se encuentra un edificio destinado á las bellas artes con una estatua ecuestre en cada uno de sus ángulos. Al Sur de este edificio habrá una fonda al aire libre, un diorama botánico, un conservatorio monumental y tienda, acuarios de agua salada y de agua dulce, cuadros de vegetales y flores, un jardín de invierno, la tienda de la emperatriz y el palacio de los guainambis (nombre de unas avejillas de la India) que por lo que se dice deberá ser un sitio encantador. A lo largo del límite del Sur se ve una galería de frutos y vegetales, una serie de plantas útiles, y una colección de otras raras, así como de vegetales, etc., importados recientemente de otros países. El límite sudoeste del parque está reservado para una granja modelo y un taller de objetos de agricultura. En esta parte se colocarán la Confederación Germánica, Prusia, que tiene señalado el sitio de honor á lo largo de la avenida principal que conduce á la Escuela Militar, Austria, Noruega, Suecia, Portugal, España y el ducado de Schleswig-Holstein. Los edificios austriacos son de los mas importantes. Consisten en una gran construcción cuadrada con ocho casas ó divisiones, habiendo dos en cada frente.

En el centro del cuadro habrá una fonda austriaca y detrás una cocina y una tahona de la misma nación. Las divisiones ó casas se llaman respectivamente casa de Galitzia, de Hungría, de la Alta Austria, del Tirol, de la Estiria y casas válacas. Delante de este cuadro estarán situados el picadero y las cuadras. A lo largo de la línea sudoeste del parque se encontrarán las lecherías de M. Kergolay y establos. Rusia ocupa, al descubierto, el espacio situado en el ángulo del Sur de la entrada septentrional. La exposición principal de los rusos fuera del palacio será una habitación circasiana.

Considerando la posición que los diferentes países ocupan en el palacio, Francia tiene casi toda la mitad oriental del edificio. De esta mitad, Bélgica y Holanda ocupan las esquinas. Partiendo del ángulo del Oeste de la entrada principal del edificio y tomando la dirección del Sur, el visitante verá los productos de las diferentes naciones en el orden siguiente de sucesión: Gran Bretaña y las Colonias, América central y América del Sur, Estados Unidos; Tunes y Marruecos, Persia, China, Siam, Japon, Egipto, Turquía, Principados Danubianos, Roma, Italia, Rusia, Suecia y Noruega, Dinamarca, Grecia, Portugal, España, Suiza, Austria, Estados secundarios de Alemania y Prusia. De modo que esta nación ocupa el puesto de honor enfrente de Bélgica, en la gran avenida que conduce desde el patio central á la Escuela Militar.

España se prepara á enviar sus productos, y mientras tanto se trabaja en el espacio que le ha sido concedido para levantar una construcción sencilla y elegante. En la actualidad se hallan en París distintos comisionados que solicitan del gobierno francés la misma cosa, es decir, la correspondiente autorización para dar durante la Exposición corridas de toros. Uno de estos comisionados ha venido en representación de una sociedad de capitalistas que se proponen, si logran el permiso, organizar unas corridas de toros lujosísimas. En este caso se construiría una plaza magnífica, vendría á París el mejor ganado, y la cuadrilla sería la reunión de los toreros mas célebres que hay en España. A fin de evitar que se derrame la sangre del caballo, cosa que tanto repugna, los picadores montarían alazanes completamente cubiertos de hierro. El programa es seductor para los aficionados, pero mucho nos hemos de equivocar si los solicitantes se salen con la suya.

De todos modos, aunque la España no pueda ofrecer en París la exhibición de su famosa fiesta nacional tan criticada por todos aquellos que no han tenido ocasión de conocerla y apreciarla, no dejará por eso de presentar un buen contingente de cosas notables en el gran concurso que hoy se prepara. Continuamente los periódicos de Madrid nos hablan de los envíos que se disponen, y hoy mismo tenemos noticia de un envío, que no podrá menos de llamar altamente la atención de los aficionados. Parece ser que la Biblioteca Nacional de Madrid se propone mandar á la Exposición universal una selecta colección de monedas, que seguramente han de atraer la curiosidad de los inteligentes.

Compónese esta colección de tres series, colocadas en otros tantos cuadros.

La primera serie comprende las monedas Fenicias. Cartaginesas. Griegas. Celtiberas. Turdetanas. Coloniales romanas. Incluyéndose todas dentro de la calificación de autótonas españolas.

La segunda serie abraza todas las respectivas á la edad media.

Arabes españolas. Españolas desde Alfonso VI hasta los reyes católicos. La tercera está consagrada á la edad moderna. Desde Carlos I hasta Carlos IV.

Entre las muchas monedas notables que figuran en esta preciosa é importante colección, se citan por su alto valor numismático, histórico y hasta artístico, las cartaginesas, y varias españolas como la de *Sacili*. De algunas no se conocen mas ejemplares que los que posee la Biblioteca.

También es notable una decuple dobla de Don Pedro de Castilla, perfectamente conservada, y un centen de Felipe V, cuyo valor intrínseco no baja de 4,000 reales.

«Además de estos raros y estimados objetos, añade e periódico *la España*, del que copiamos la noticia de este importante envío, la Biblioteca expondrá un preciosísimo astrolabio árabe del siglo undécimo, construido en Toledo, si no recordamos mal; documento de gran importancia para apreciar el estado de los conocimientos cosmográficos en aquella era, y que por su rareza se tiene en mucha estima. Hemos tenido ocasión de examinarlo, y estamos seguros de que será motivo de laboriosas investigaciones por parte de los sabios extranjeros que en París lo estudien.»

No dejemos este capítulo de la Exposición universal sin hablar de una decisión que acaba de tomar en París el señor ministro de Estado, pues ella dará á conocer á nuestros lectores cuánto se fomentan en Francia los estudios entre la clase trabajadora.

El ministro había nombrado á M. Devinck presidente de una comisión, que entre otras atribuciones tiene la de organizar visitas de obreros á la Exposición de 1867.

Esta comisión se ha constituido ya con el nombre de *Comisión de fomento*, para el estudio de los obreros en la Exposición universal. Para aquella época se espera la llegada de delegados de las asociaciones de Francia y del extranjero, que serán en cierto modo los representantes oficiales de la clase de trabajadores, y á estos delegados podrán añadirse los operarios enviados por sus amos ó que hayan venido á París por su propia cuenta.

La comisión se ha subdividido en cuatro comités con los cargos siguientes: el primero, que se ocupará de las necesidades morales é intelectuales de los obreros, debe prestarles auxilio para el estudio tanto de la Exposición como de los grandes establecimientos industriales de París, los Gobelinos, la Manufactura de Sevres, etc.; el segundo debe asegurarles rebajas en el costo del viaje; el tercero, que corresponde á las necesidades materiales de la estancia en París, debe proporcionarles casa y comida á precios moderados, y el último, que tiene á su cargo los fondos, les ofrecerá á nombre del Estado una compensación por la disminución ó cesación de su salario durante el tiempo que pasen en París.

Conste pues que no solo los ricos de Francia y del extranjero podrán visitar el palacio del Campo de Marte.

Pasemos ahora á los teatros.

Los empresarios todos se esfuerzan á porfía en ofrecernos funciones importantes; mas desgraciadamente no todas ellas alcanzan un buen éxito que corresponda á las esperanzas concebidas y sobre todo á los gastos. Los acreditados autores A. Bourgeois y P. Feval acaban de dar en el teatro de la Puerta de San Martín un gran drama en cinco actos y diez cuadros titulado *la Reina Cotillon*, que se ha puesto en escena con todo el aparato que requieren estas producciones del género histórico. No se puede decir que ha sido un fiasco; pero no obstante, tampoco ha dado de sí el gran triunfo que se esperaba.

La nueva obra se desarrolla en medio de aquella sociedad del siglo XVIII que se hallaba consagrada á la galantería, cuando era una cuestión magna la de proporcionar al soberano una querida. Hubo un monarca extranjero que supo caracterizar este estado de la sociedad francesa en aquel tiempo, bautizando á la Chateauroux con el nombre de reina Cotillon I y á la Pompadour con el de Cotillon II. La Du Barry iba á ser la tercera, y la historia de su advenimiento constituye el fondo del drama estrenado en la Puerta de San Martín.

No vamos á entrar en el análisis de un suceso que todo el mundo conoce desde su origen hasta su desenlace; lo único que diremos es que los autores han sabido sacar todo el partido posible de los hechos, que hay situaciones dramáticas en abundancia, cuadros divertidos, decoraciones soberbias; y que sin embargo, á pesar de todo esto, el público de la primera noche estuvo muy frío. Parece ser que en las noches subsiguientes el drama ha ido ganando terreno; pero de todos modos, creemos que el resultado final no ha de ser favorable por la razón de que en la actualidad estos panoramas de personajes históricos han perdido mucho de su antiguo prestigio. El viento ha cambiado, y hoy lo que se quiere es el drama íntimo y la comedia de costumbres.

Otra fiesta mucho mas notable que esta de la Puerta de San Martín hemos tenido en el Teatro Lírico. Aquí se representaba la obra maestra de Weber, *Freyshutz*, tal cual la ha escrito el autor, no desfigurada por una mano impía, como hicieron años atrás en la Grande Opera. El empresario, apresurémonos á decirlo en su alabanza, no ha economizado gasto alguno para que la partitura del célebre alemán saliera á luz en París de un modo digno de su fama. Cantaban las partes principales los primeros artistas de la compañía. Madama Carvalho hacia de Agata, y el papel de Anita estaba á cargo de madama Daram. MM. Michot, Troy y Lutz desempeñaban los demás personajes, y con esto dicho se está que la ejecución ha ofrecido un conjunto satisfactorio.

El aparato escénico es brillantísimo, y hay cuadros en que verdaderamente se ha echado el resto, como verbigracia, el de la evocación de los espíritus infernales, que excede en terror á todo lo que hasta el día se ha visto.

La orquesta y los coros habían recibido refuerzos considerables, y así fué que la admirable sinfonía produjo un gran efecto, no menos que el famoso coro conocido en todo el mundo;

Chasseur diligent, quelle ardeur te dévore!

El éxito ha sido inmenso, y *Freyschutz* es en la actualidad la gran novedad lírica de los teatros parisienses.

Ahora, lo que se espera con gran afán, es el *Don Carlos* de Verdi, cuyos ensayos adelantan, según dicen los periódicos de teatros. Mucho se pondera esta nueva producción musical del autor del *Trovador*; hay quien supone que Verdi no ha escrito nada comparable con el final del acto segundo.

También se hacen elogios muy pomposos de las decoraciones, citándose entre otros cuadros una vista del bosque de Fontainebleau cubierto de nieve que producirá, a lo que aseguran, un gran efecto.

Esperemos pues, que no tardaremos mucho en saber a qué atenernos sobre la verdad y exactitud de estos elogios que hoy se prodigan a la nueva ópera de Verdi.

MARIANO URRABIETA.

A la música.

Á MI AMIGA MARÍA LUISA FESSER DE AZCÁRATE.

¡Oh! tú, que el mundo conmovido huellas,
Hada embellecedora y fascinante,
Con el cendal de candidas estrellas
Y la fúlgida lira de diamante:

Deten el paso, y las sublimes galas
Derrama de tu espléndida armonía,
Transporta el alma en tus brillantes alas
A horizontes de luz y poesía.

Y en raudales serenos y dormidos,
O en trémulas cascadas centellantes,
La lluvia celestial de tus gemidos
Desata por los aires vacilantes.

Que el eco de las mágicas caricias
Que finge tu sonido regalado,
En piélagos de amor y de delicias
Se lanza el corazón enajenado.

Y canta con tus quejas peregrinas,
Llora con tus suspiros inmortales,
Y bebe de tus lágrimas divinas
El cristal y las perlas celestiales.

Y el espíritu vuela suspendido
A tu rica y magnética influencia,
Y sueña con un mundo bendecido
De perpétua y dulcísima cadencia.

Pues tu armónica voz con flecha de oro
Hierde y penetra el alma estremecida,
Y brotan en riquísimo tesoro
Lágrimas deliciosas por la herida.

Y solloza en poética elegía
Inefable, amorosa, lastimera,
Y se pierde, se mece y se extravía
En un éter flotante y sin ribera.

Ya en apacible y elocuente río
Fluye y murmura con risueña calma,
Ya descendiende en suavísimo rocío
Y abre flores divinas en el alma.

O ténue como un soplo se adormece,
O pasan ya tus vibraciones solas,
Como el ala de un ave que estremece
La tersa superficie de las olas.

¡Música celestial! ¿quién no se entrega
A tu poder divino cuando gimes?
¡Música celestial! ¿quién no se anega
En el mar de tus lágrimas sublimes?

Por eso en los abetos gemidores,
En sonoro y patético lamento,
Cantaron los arpaos ruiseñores
Y extasiaron los árboles y el viento.

Y por eso en las náyades marinas
A revelar tu encanto sobrehumano,
Con frentes de alabastro peregrinas,
Rompiéron el cristal del Oceano.

Mas ya sobre la tripode radiante
Cantas con inspirada melodía,
Y corre tu cadencia palpitante
Como un mar de ondulosa pedrería.

Y el alma gime y trémula palpita
A tu poder fascinador y ciego,
Y arrebatada al fin se precipita
En tu extasiante atmósfera de fuego.

¡Oh música! los ángeles gozosos
Te levanten un trono refulgente,
Y suspendan doseles luminosos
Sobre tu excelsa y vencedora frente.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

Habana, isla de Cuba.

Un ángel mas.

Á MI QUERIDA HERMANA C...

Como el viajero que con faz serena
Cruza el desierto lleno de esperanza
Ansiando divisar tras larga pena
El oasis... y al verlo en lontananza,
El *Simoun* le sepulta entre la arena;

Así tú, hermana mía, conducida
En alas del mas puro sentimiento,
Al cruzar el desierto de la vida,
El hijo de tu amor viste un momento...
Para perderle ¡miseria! en seguida.

Mas... no llores. ¡Dichoso el que obtuviere
Ventura igual; que el cielo es el destino
De aquellos seres que la Parca hiere
De la inocencia santa en el camino!
¡A qué llorar, si un ángel nunca muere!

REMIGIO CAULA.

Demostración reformista en Londres.

El 3 de diciembre ha tenido efecto en Londres la gran demostración reformista anunciada con tanto ruido y aunque el tiempo distaba mucho de ser favorable, ha habido de cuando en cuando algunos rayos de sol que permitan permanecer a la gente en la calle. La gran comitiva se organizó en buen orden en Saint-James's-Park sin turbulencia alguna y sin que se realizara ninguna de las infaustas profecías alarmantes que se habían hecho.

Nunca se había visto en las calles de la capital multitud tan ordenada; la mayor parte de las banderas eran vistosas, y muchos artifices ostentaban curiosas muestras de sus oficios. Los obreros iban en su mayor parte muy decentemente vestidos.

Muchos curiosos acompañaban el cortejo y muchísimos otros estaban parados en las aceras. La sociedad de carpinteros de ribera llamaba la atención por su gallardía y buen porte.

La corporación de los zapateros llevaba sobre la bandera una bota muy bien trabajada, y debajo, en gruesas letras se leía: « Solo el que la lleva sabe donde le aprieta. » En varios puntos del Mall había numerosos grupos de reformistas, y allí los sombrereros entonaban a coro una letanía de la reforma.

Cuántas personas formaban el cortejo llevaban en el sombrero ó gorra el billete de la demostración; estaba prohibido agregarse á él á las que no lo tenían.

Los directores del mismo manifestaban gran actividad en el ejercicio de sus funciones, y corrían sin cesar de una parte á otra para conservar el orden. Lord Ranelagh paseaba á caballo por el Mall para ver cómo se portaba la multitud á la que había permitido invadir su propiedad.

Sobre el mismo suceso leemos en el *Globo*:

« La comitiva se componía de cuatro divisiones que se extendían desde *Constitution hill* á lo largo del Mall hasta *Horse-Guards* y *Bridgeway-Walk*. Al penetrar en el parque, los diferentes cortejos iban á colocarse cerca de las barreras, en las que había escrito el nombre de sus oficios respectivos. Los que llegaban por el South-London entraban por la puerta Storey; los del Este por Spring-Garden; los del Norte y del nordeste por el lado de la columna del duque de York, y los del Oeste por la puerta que da frente á Hyde-Park.

Entre las banderas había una que decía: « ¡Justicia, gobierno equitativo para nosotros! ¡socorro, asistencia á los necesitados! » Muchos obreros llevaban una cinta blanca en la gorra con estas palabras: « ¡Bright y Reforma! »

En otra bandera se leía: « ¡Oh! reviva nuestra anti-gua y santa libertad! ¡Justicia y amistad entre el capital

y el trabajo! Libre cambio en las artes y ciencias. »

El número de los que han tomado parte en la demostración no pasó de 25,000. Los espectadores del « club » del ejército y de la marina y del « club de guardias » han calculado que desfilaron unos 18,000 hombres por hora. El desfile duró una hora y veinte y tres minutos.

Por último, para completar estas noticias he aquí el extracto de una correspondencia particular que ha sido insertada en un diario:

« Los principales oradores que lucieron su elocuencia ante el concurso que perseverante y estóico menospreció la lluvia y el lodazal de barro que rodeaba las plataformas, fueron M. Potter, el general en jefe del movimiento; M. Beales, presidente de la sociedad titulada *Liga reformista*; el coronel Dickson, individuo del comité de la misma, y M. Greening, de Manchester. Todos estos señores hablaron en favor de la extensión del sufragio á toda la clase operaria, sin condiciones de cuota ni de inquilinato, y á favor del voto secreto, *he-ballot*, doble resolución que la reunión aprobó, aunque es seguro que la gran mayoría de los concurrentes se contentarán con mucho menos; pero entra en la táctica de los directores del movimiento no quedarse cortos en pedir, á fin de que la cuota electoral que sancione el nuevo *bill* baje hasta seis libras ó tal vez á cinco de inquilinato.

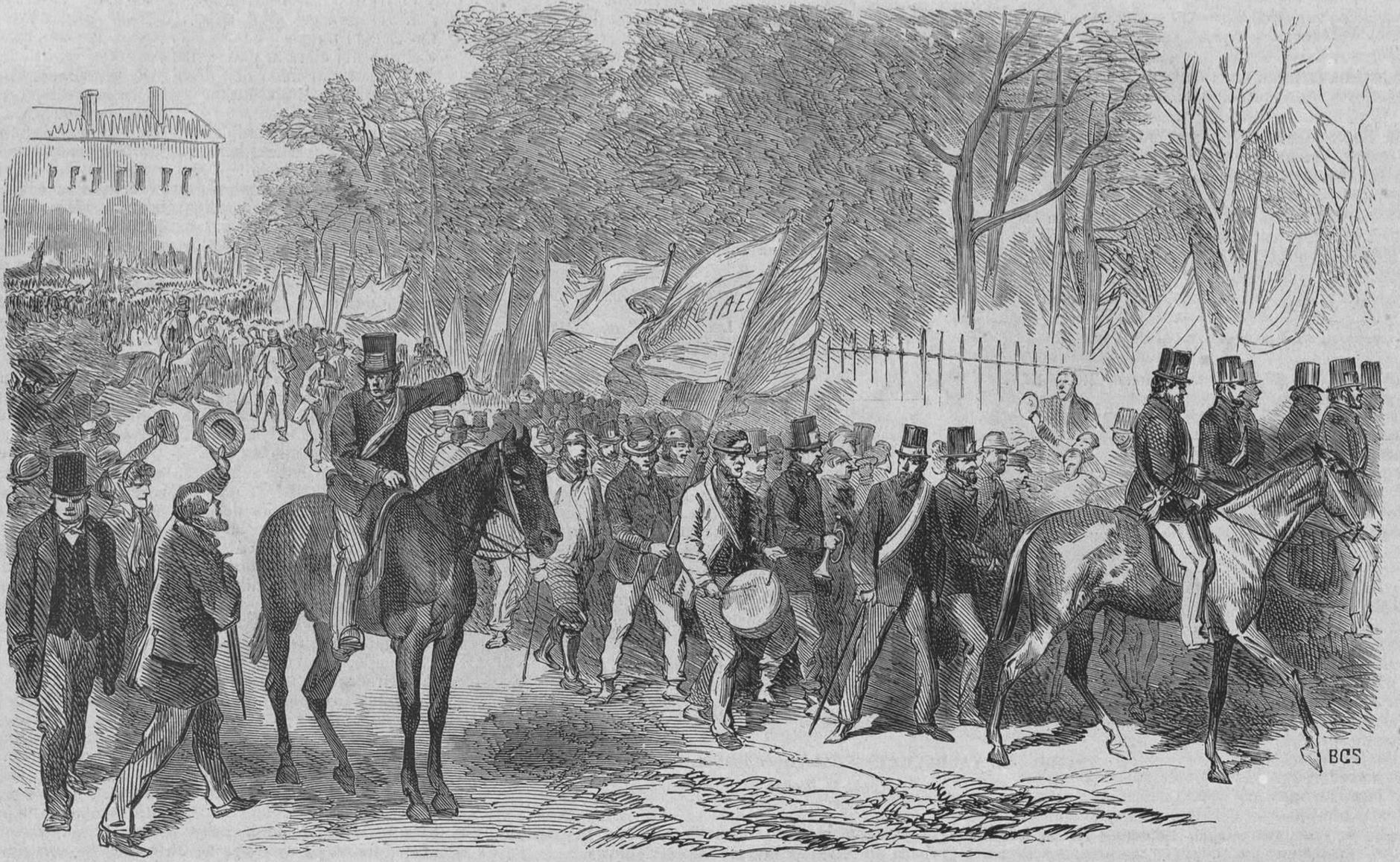
Votadas ó por mejor decir aclamadas que fueron las dos resoluciones que acabo de indicar y la de un solemne voto de gracias á M. Gladstone, á M. Bright y á M. John Stuart Mill por sus servicios á favor de la causa popular, la reunión se disolvió á las cuatro y media de la tarde siendo ya casi oscuro, y los concurrentes se retiraron con el mayor orden, habiendo sido muy de notar que aunque todas las tabernas del barrio se hallaban adornadas de banderas y de señales de agasajo para atraer á los reformistas, estos, contra la inveterada costumbre británica de remojarse copiosamente la menor tarea en que se ejercitan las fuerzas ó la movilidad de los individuos, se abstuvieron de frecuentarlas y se retiraron con toda la compostura de hombres que tienen la conciencia de haber llenado su deber.

La prensa tory y el *Times* en particular, que habían hablado contra la demostración criticándola de inoportuna y pronosticando que de ella resultarían desórdenes parecidos á los del verano último, trataron luego de sacar partido de la circunstancia de no haber sido tan crecido como se había creído el número de los asistentes á la demostración y exageran en demasía la escasez de la concurrencia. Un comunicante del *Times* que se firma *Ipsissima facta* y que pretende haber contado las filas de la procesion, multiplicando su número por seis de frente que el programa señalaba, saca que por Picadilly solo pasaron 23,130 individuos en formacion. Pero yo también tuve la paciencia de contar las secciones y las filas de que se componían que, por cierto en varios de los gremios llegaban á 8 y á 10 hombres de frente, y saqué que solo operarios marchando bajo los estandartes de sus profesiones, se presentaron 47,000 y pico, número al que agregando el de las sociedades de templanza y el de las masónicas, me hizo calcular en sesenta mil la masa procedente de ambas categorías. Confieso que no conté las filas de los que marchaban bajo las banderas de las asociaciones políticas; pero aun cuando me equivocase y no compusieran el número de 20,000 individuos que computé en la mía de ayer, insisto en afirmar que los operarios se acercaban á 50,000; y esto basta para justificar mi evaluación de 70,000 hombres en todo, aun cuando haya que rebajar el número de los agregados que hice entrar en el total.

Mas si el *Times* procura sacar partido de que los organizadores del movimiento no hayan conseguido reunir el número de 200,000 personas que habían anunciado, tanto dicho periódico como todos los que son opuestos á la reforma, reconocen lo escogido de la clase obrera que asistió al acto y ponen fuera de discusión que cuantos individuos de ella llenan las condiciones de los que ayer concurrieron á la procesion, merecen entrar en el gremio de las clases á las que la ley concede derechos políticos.

Casi considero excusado añadir que no hubo la menor desgracia, ni atropello, ni insulto, ni reclamación sediciosa, todo lo que hubiera sido muy difícil impedir no obstante las excelentes disposiciones adoptadas por los comités para mantener el orden, si en vez de 70,000 personas hubiesen asistido 200,000 como se pensó. El gobierno había preparado para en caso de necesidad 4,000 vigilantes de policía de á pié y 200 de á caballo, los que se hallaban fuera de la vista del público, pero cercanos á la carrera. Mas ni uno solo tuvo que presentarse, y los mismos individuos de la policía reconocen que jamás estuvo esta mejor hecha que durante las horas que Londres permaneció entregado á manos del pueblo honrado y trabajador.

Para despedirme del asunto, diré en aclaración de la controversia respecto al número de asistentes á la procesion, que millares de millares de los que se hallaban en la carrera pertenecían á la clase obrera y eran evidentemente adictos y participantes en la demostración, cual lo comprobaba el que llevasen en sus sombreros la papeleta de carton repartida por los organizadores del movimiento para que sirviese de signo distintivo á sus adictos. Pero infinitos jornaleros prefirieron ir á ver pasar la procesion á figurar en ella, y si se sumaran todos los que se presentaron en la carrera con la escarpela, digámoslo así, de la reforma, y su número se añadiese á los que iban en filas, no es dudoso que se llegaría al número de 150,000. »



Demostracion reformista del 3 de diciembre en Lóndres.
Formacion del cortejo en Bird-cage Walk, Saint-James's park.



El meeting en los jardines de Beaufort-House: Vista tomada de la tribuna numero 1.

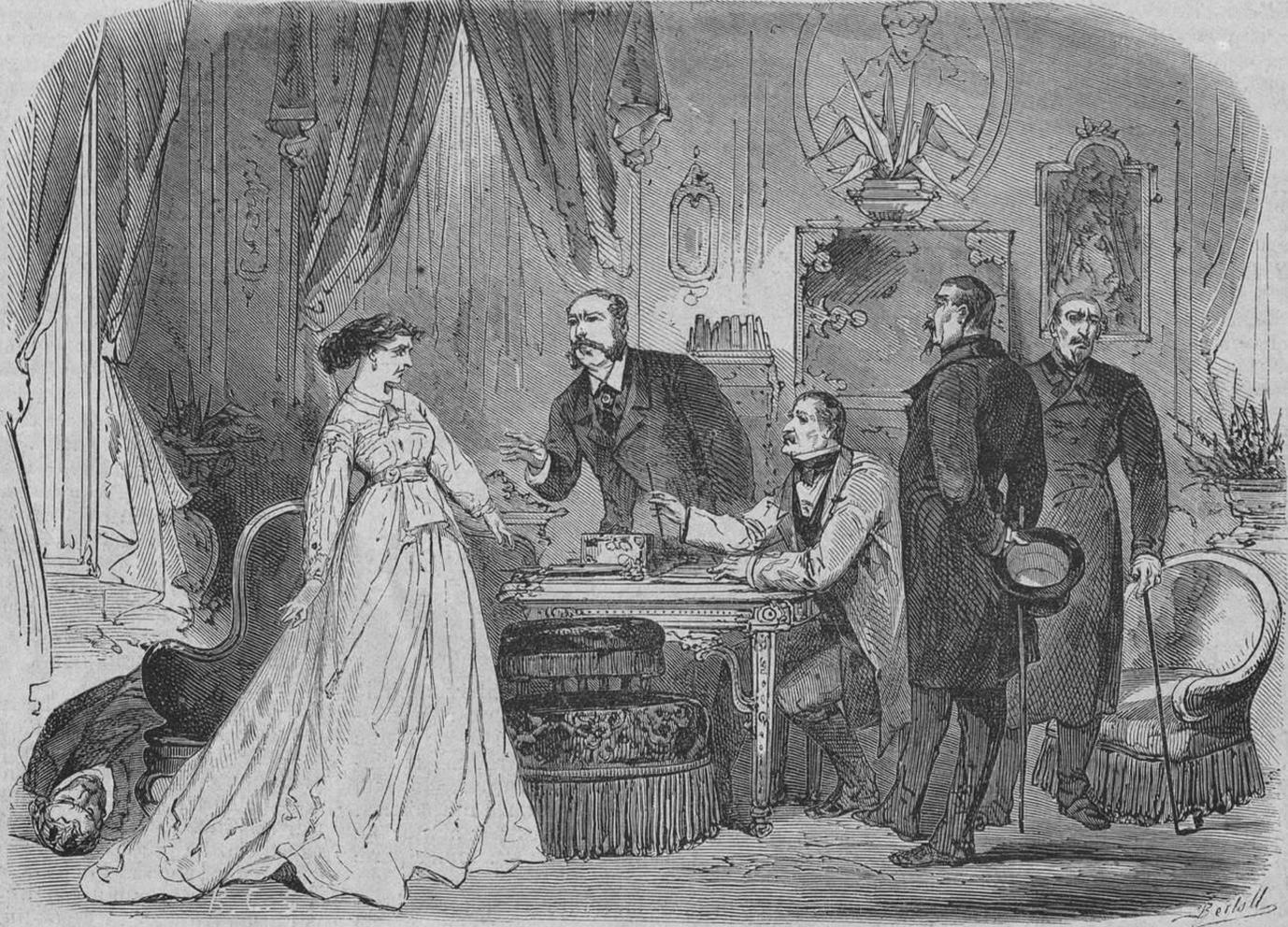
LA BOLSA DE PARIS

Vista entre bastidores.

En la Bolsa como en el teatro, donde se ven las trampas, es entre bastidores. ¿Quién no ha penetrado una vez en su vida dentro de los bastidores de un teatro? Lugar oscuro en lo alto de una escalera resbaladiza, donde humea un mechero de gas agonzante, donde vigila un bombero de reflejo siniestro. No ofrecen el mismo espectáculo los bastidores de la Bolsa, que se hallan diseminados aquí y acullá; sobre las alfombras del salón y del gabinete, en la esquina y en el arroyo de la calle.

En el teatro se encuentran todos los tipos, coquetas, traidores, niñas inocentes, etc.; y en la Bolsa el personal se compone de oficiales ministeriales, dependientes, corredores y demás. Pero no vamos á tratar hoy precisamente de estos personajes. Entremos en los bastidores, no revolvamos los naipes y ocupémosnos de los jugadores.

Hémos aquí en la plaza de la Bolsa. Ahí está el inmenso templo griego rodeado de árboles y cerrado por una verja de hierro: bosque y prision.



TEATRO DEL VAUDEVILLE. — Casa nueva, por M. V. Sardou, acto cuarto, penúltima escena. (Véase la Revista de Paris del número 728.)

El frontispicio está adornado con esta inscripción, grabada en letras de oro... como es debido :

BOLSA. TRIBUNAL DE COMERCIO.

¡Falaz inscripción! Bolsa ¿para quién? En cuanto al

el peristilo, ó van á perderse en medio de la muchedumbre que vocifera sobre el enlosado. Se oye una campana..... es la señal de que comienzan las operaciones.

¡Qué multitud, qué gritería, qué alboroto! En torno de una jaula que ha sido bautizada con e



Los bastidores de la Bolsa de Paris. — Jugadores en el café.

tribunal, hace ya tiempo que se trasladó á la otra orilla del Sena.

Es la mañana. Todo se muestra apacible en esta plaza, nada hace presentir las conmovedoras escenas que van á sucederse. Los omnibus circulan tranquilamente llevando viajeros á todos los puntos de Paris, y la gente de á pié sigue la acera, echando á la columnata una mirada elocuentísima. Algunos provincianos leen y comentan el cartel del teatro del Vaudeville que está enfrente.

Pero hé aquí que dan las doce y aparecen figuras extrañas en torno del monumento. Los carruajes se suceden con rapidez, desembocando de todas las calles, y van á tomar puesto fuera de la verja, esperando á sus dueños. Estos suben con paso presuroso las gradas del palacio, se escalonan en el peristilo en grupos tumultuosos, se mezclan con las masas compactas que estacionan bajo

gracioso nombre de *corbeille* (canastillo), se agitan convulsivamente hombres respetables por la edad, con la cabeza calva, los ojos encendidos y un lápiz en la mano. Todos ellos vociferan palabras cabalísticas, se amenazan con el puño y con el lápiz al través de un ruido que no tiene nada de comparable en la naturaleza. Y es que la naturaleza está aquí de sobra y la prueba es que no se cotiza.

¿Quiéren Vds. saber cuáles son los asuntos que apasionan así á toda esa gente?

Pues se llaman: *Papel del Estado, Acciones y Obligaciones de ferro-carriles, Sociedades de Crédito, industriales, etc., etc.*

Todos esos hombres, jóvenes y viejos, apiñados al rededor de la *corbeille* donde se hallan los agentes de cambio, representan la flor y la nata del tres por ciento, de las ventas al contado y á plazo. Ninguno de ellos deja de estar armado con el lápiz y el librito de apuntes para anotar las operaciones.

Otros menos autorizados, mas tímidos ó mas astutos, se retiran á un rincón y forman el centro de reuniones donde se combinan negocios complicados. Los billetes en que se expresan estas combinaciones se transmiten á toda prisa á la *corbeille*, cada uno de ellos escrito en un papel de distinto matiz: los hay pues de todos los colores.

Ese moceton, á quien todo el mundo saluda con deferencia, pasa por ser riquísimo; le atribuyen el honor de representar á un príncipe de los banqueros, y por lo tanto le prodigan las atenciones.

Sobre el terrado se distingue á un extranjero siempre en el mismo puesto. ¿Cuál es su patria? ¿Cuál es su nombre? Esto es lo que se ignora. Siempre se le ve solo y silencioso: ora recogido, ora abandonándose á las oleadas de la muchedumbre, parece de todo punto indiferente á las fluctuaciones del alza y de la baja; y sin embargo, este desconocido á quien suponen de origen prusiano, hace cada día dos jugadas de algunos millones. Por esta razón le llaman *el fusil de agua*.

Hay jugadores que se mantienen mas separados, debajo de los árboles ó en las esquinas, y allí, emboscados y en acecho, con los piés en el lodo, esperan un movimiento imprevisto, un suceso imposible que debe coronar sus cálculos. Compadezcámoslos, pues la mayor parte de ellos carecen de *couverture*.

¿Qué quiere decir esta palabra? La *couverture* es la garantía que se entrega al agente de cambio encargado de hacer las operaciones para que esté al abrigo de las pérdidas.

Para ciertos jugadores, los cafés que se encuentran en la plaza de la Bolsa son sitios muy cómodos. Allí almuerzan y siempre efectúan alguna operacioncita á postres. No hay necesidad de incomodarse para ganar cien mil francos; en la mesa de mármol en donde chispea el champaña, se puede encontrar una California.

Cada establecimiento tiene sus corredores particulares que se hallan á la disposición de los parroquianos, y proclaman los precios á cada minuto.

Hé aquí un individuo que llega con el ojo encendido y erizado el cabello; viene de la Bolsa, se precipita dentro del café y proclama la cotizacion: es una cifra, pues en estos lugares no se habla mas que por cifras. Inmediatamente las fisonomías se animan ó se oscurecen, se oyen exclamaciones, se entablan coloquios: el portador de noticias apunta sus comisiones y vuelve á tomar el camino del templo griego, en tanto que llega otro mensajero con cifras mas frescas todavía.

Ciertos cafés están consagrados á la alza y otros á la baja. En el mismo establecimiento hay la seccion de los *alcistas* y la de los *bajistas*. Los mozos, al servir el café, dan á conocer la cotizacion al parroquiano.

El bello sexo que, por reglamento de policia, se halla excluido del interior de la Bolsa, se ha refugiado en los cafés de la plaza. Aquí las manos diminutas y con fino guante manejan osadamente los hilos de la especulacion. Aquí se ven madres de familia analizando con sus hijas las emociones de la jugada á plazo.

Una mujer joven todavía, de rostro inteligente y de fácil palabra, se ha adquirido en estos sitios una fama de perspicacia financiera bien merecida. La han dado el nombre de Egeria, y los romanos del agio acuden á menudo á aconsejarse con ella. ¿Por qué no aplica su lucidez á ganar dinero para sí misma? Es porque en la fiebre de la última crisis Egeria ha dado un paso en falso que la cuesta carísimo. Egeria pagó; pero la consideracion de los jugadores se ha alejado de ella.

Y es de advertir que no todos pueden pagar. Ejemplo: un jugador acaba de perder 60,000 francos y se presenta en casa de su corredor; pero este se ha escapado, llevándose caja, libros y papeles. — ¿A quién se deben pues estos 60,000 francos? Nadie podría decirlo.

¿Y qué de cosas extrañas se observan entre los jugadores que frecuentan los cafés de la plaza de la Bolsa!

Todo el mundo conoce y se muestra obsequioso con ese elegante joven, vestido á la última moda y de tan finos modales. Pues bien; hace un año, se le veia parado á la puerta del café en el pescante del carruaje que hoy le está esperando. Una jugada de bolsa le ha hecho descender del pescante y entrar en el coche. Busquemos á su amo: ¿quién sabe si no será el mozo que anda sirviendo el café á los parroquianos?

Pero el tipo mas curioso de todos es seguramente el *manco*, que forma parte de la administracion de uno de los establecimientos mas concurridos. Antes de abrirse la Bolsa, prepara en un espejo entre dos columnas un cuadro en el que figuran los valores principales. A cada movimiento de los fondos deja la Bolsa, y con su mano

izquierda inscribe la cotizacion en su cuadro. Este hombre tiene un semblante agradable y que respira honradez; está muy bien educado y cumple su tarea cotidiana con una puntualidad tanto mas notable, cuanto que es desinteresada. ¿A qué prueba de la suerte se debe atribuir tan singular vocacion? Dicese que este personaje no siempre se vió reducido á tal extremo; que para él tambien hubo brillantes fiestas en el templo griego, donde hoy ocupa un puesto tan humilde. ¿Cómo ha de ser! Para frecuentar este templo, preciso es no ser manco, y bienaventurado aquel que sale definitivamente habiendo perdido en él un solo brazo.

J. L.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

— No era seguramente mi intencion interrumpir la armonía de la mesa de V. M., dijo el enmascarado, contestando á las excusas del rey; y no daré lugar á que me censuren vuestros valientes caballeros, permitiéndome una segunda ofensa al que ya he provocado á un combate. No tengo la costumbre de faltar á mi palabra, señor, pero ahora os pido mil perdones por abusar de vuestra paciencia. No he venido aquí para tomar parte en la fiesta; me trae otro motivo.

— ¿Por el cielo! primo mio, contestó Enrique, mirando al enmascarado con asombro; si no es por nuestra fiesta, ¿á qué feliz casualidad debemos vuestra presencia?

El enmascarado dirigió una inquieta mirada hácia el lado de Crichton. El escocés se levantó al instante.

— Veo que os incomoda, dijo, podreis hablar con mas libertad cuando yo haya salido de la sala.

— No, ¡pardiez! exclamó Enrique levantándose, é invitando cortésmente á Crichton á que se sentase; esto no ha de ser así; si alguno ha de molestar en nuestras fiestas, que sea yo. Estoy á vuestra disposicion, primo, si bien debo deciros que habeis escogido una hora muy extraña para que os dé audiencia.

Así diciendo, el monarca se dirigió, bien á su pesar, hácia el alfeizar de una ventana.

— Chicot, dijo en voz baja antes de separarse de la mesa, ocupa mi puesto un instante, pues no es cosa que por los intereses de los demás olvide yo el mio; esto no seria razonable. Si en algo tienes tus orejas, no permitas que el caballero Crichton y Esclarimonda cambien una sola palabra. ¿Entiendes?

Al oír estas palabras, con una dignidad burlesca que hizo reír mucho á los convidados, instalóse Chicot en el sillón que Enrique acababa de dejar vacante. Su primer acto fué colocar entre ambos jóvenes su varita de ébano, á que llamó su espada de embajador, y el segundo pedir á Ronsard una cancion, que este tuvo que prometer bien á su pesar, por haber apoyado la peticion los convidados.

— ¡Insensato! murmuró con tono severo Crichton, que se habia aprovechado ya de la ausencia del rey para dirigir una palabra en voz baja á Esclarimonda, ¿frustrarás tú la ocasion que la casualidad nos depara para dejarla escapar? ¿Por qué no se habia de ir ahora? Yo solo basto para impedir que la persigan.

— ¿Y quién seria entonces el loco? No, no; mi pobre cabeza ha combinado un plan mucho mejor que el vuestro; tranquilizaos. Procurad tan solo que el vizconde os preste su cerbatana, y entre tanto, dejad á nuestro poeta entonar su cancion. ¿No veis que de este modo llamará la atencion de los convidados, dejándonos mas en libertad? Loco me llameis; retirad esa palabra.

— Dispénsame, contestó el caballero, veo que eres un prodigio de talento. Joyeuse, añadió dirigiéndose al vizconde, te ruego que me prestes tu cerbatana.

— ¿Para enviar algun billete amoroso á una dama, eh? ¡Ah! ¡tunante! ahí la tienes, dijo Joyeuse, enviando al caballero por medio de su page un largo y rico tubo de plata cincelada.

Entre tanto Ronsard entonó una cancion, tomando por argumento una leyenda española: pero era aquella tan lúgubre y en metro tan extraño, que no excitó mucho la alegría de los convidados, que por lo demás comprendieron bien que el poeta habia bebido y comido demasiado para estar inspirado por la musa.

Mientras Ronsard cantaba, el bufon no habia permanecido ocioso. Entre mil ridiculos gestos, hechos con el objeto de entretener á los concurrentes, habia conseguido hacer conocer á Crichton la naturaleza de sus intenciones respecto á libertar á Esclarimonda, y entonces el caballero, comprendiendo la posibilidad del plan, trazó apresuradamente una línea ó dos en la cubierta de un confite, y arrojó este, por medio de la cerbatana, á la hermosa Torigni. Este incidente pasó por una simple galantería, suposicion que confirmó la bella florentina sonriendo mientras leia el papel, y poco despues nadie se acordó ya del caso.

— ¡Bravo! exclamó Crichton, que inquieto un ins-

tante por el éxito de su plan, habia vuelto á recobrar su sangre fria, uniéndose con entusiasmo á los que aplaudian á Ronsard; ¡bravo! los versos que acabamos de escuchar son dignos del que ha merecido el noble título de *poeta francés por excelencia*, y que inmortalizará su nombre. ¡Feliz bardo! ¡Feliz poeta, á quien todas las hermosas sonrien!

— Menos la encantadora Torigni, que le mira siempre con mucha severidad, interrumpió Chicot. Por mi parte, tengo el mal gusto de preferir mis propios versos á los de los demás poetas.

Volvamos ahora al rey y á su interlocutor enmascarado.

— Os auxiliaré de la mejor gana en el rapto de esa joven, decia Enrique, continuando una conversacion cuyo principio creemos inútil recordar; pero debo confesaros ingenuamente que tengo cierta repugnancia en hacerlo.

— ¿Por causa del caballero Crichton? preguntó el enmascarado con tono irónico.

— No, por mi madre, *caro mio*, contestó el rey; me he impuesto el deber de no mezclarme en sus negocios mientras no tengan relacion con los míos, y en el caso presente, no veo que mis intereses tengan nada de comun con vuestros deseos. Además, y para hablaros francamente, debo confesaros que me hallo ahora comprometido en un asunto que no puede menos de excitar el desagrado de mi madre, y á fe que no quisiera dar lugar á nuevas cuestiones. ¿Por qué no aguardar hasta mañana?

— Porque... Pero ya os he manifestado las razones de esa precipitacion; es *preciso* que sea esta noche.

— Teneis en Rugieri tan poca confianza como yo, primo mio, dijo el rey sonriendo.

— Estoy tan poco acostumbrado como V. M. á contrariar mis inclinaciones, contestó el enmascarado con impaciencia. La presa está encerrada; ¿vacilaré yo en cogerla? No, ¡por san Pablo!... Pero os estoy molestando, señor, permitid que me retire. Puesto que me rehusais vuestro auxilio, obraré por mi propia cuenta.

— Esperad, dijo Enrique, vacilando entre el temor que le inspiraba la cólera de Catalina y su deseo de servir al enmascarado. ¿Decís que la guardia que rodea el palacio de Soissons no os permite entrar? Tomad este anillo; con él hallareis el paso libre. Tomadle y llevaos á la joven, y á Rugieri tambien, si os conviene; poco me importa, pues de este modo me librareis, así como á nuestra buena ciudad de Paris, de sus malditas estatuas de cera. Si encontrais á mi madre, excusadme con ella, cuidando sobre todo de no comprometerme en este asunto. Nada teneis que temer por parte de Crichton, pues está aquí seguro, y ahora mismo voy á dar la orden para que se cierren las puertas del Louvre hasta la mañana.

— Dentro de una hora será esa precaucion inútil, contestó el enmascarado con aire triunfante. Antes que trascorra ese tiempo se habrán cumplido mis deseos.

Y saludando al rey, el desconocido abandonó el salon. Enrique permaneció un momento conferenciando con du-Halde. Chicot, que al marcharse el enmascarado habia dejado el sillón real, se acercó á ellos silenciosamente, dando con esto á conocer que era en extremo curioso.

— Que se cierren al instante las puertas del Louvre, decia Enrique; que no salga ningun convidado antes del día, y sobre todo el caballero Crichton.

Du-Halde se inclinó.

— Aun tengo otra orden que darte, continuó el rey bajando la voz; á mi señal acostumbrada apagarás las luces.

Du-Halde volvió á inclinarse.

— ¡Ah! eso es, exclamó Chicot aproximándose mas al grupo.

Entre tanto, Esclarimonda y Crichton hablaban apresuradamente.

— Esclarimonda, murmuró el caballero tan pronto como Chicot se separó de la mesa, confiaos sin vacilar al bufon, pues él es vuestra salvacion. Abandonaos á él y no temais nada.

— Nada temo, caballero Crichton, contestó Esclarimonda; en último extremo tengo un amigo que no me faltará, el buen Cristian.

— Teneis otro que morirá por vos ó con vos, replicó el caballero. ¿Nos volveremos á ver?

— Puede ser, repuso Esclarimonda, y sin embargo no lo sé. El porvenir es un abismo al cual no me atrevo á mirar. Si es posible saldré de este palacio y de esta ciudad mañana temprano; y una vez libre de esta horrible esclavitud, solo un lazo me podrá retener.

— ¿Y ese lazo es?

— ¡Enrique de Valois! contestó una voz.

XV.

LA CERBATANA.

El rey cuyo atento oído pudo sorprender las últimas palabras de la conversacion del caballero Crichton con Esclarimonda, acababa de acercarse á ellos sin ser observado. En vano el bufon trató de avisarles tosiendo ligeramente; Enrique era demasiado rápido en sus movimientos para que pudiera adelantarsele Chicot, y este por otra parte temia despertar sospechas en el ánimo del rey.

— Caballero Crichton, dijo el monarca, dirigiendo al escocés una mirada de cólera; no quisiera recordaros

por segunda vez la palabra que me habeis dado. Tratad de no excitar mi cólera, porque tengo algo del carácter de los Médicis aun cuando no lo dé á conocer con frecuencia.

— Y yo tambien, contestó el caballero con acento de orgullo.

— Vuestra imprudencia lo echará á perder todo, murmuró Chicot en voz baja; mirad lo que haceis.

— Hablais con mucha valentia, caballero, repuso el rey, y espero que la reservareis para mañana. Vuestro adversario el enmascarado amenaza despojaros de vuestros laureles y humillar la orden sin tacha que os he conferido. Es preciso que eso no suceda, caballero.

— El modesto precepto de la caballeria nos dice, señor, que amenazar no es vencer, repuso Crichton. Esperaré el resultado de la lucha, confiando en una espada que no me ha faltado jamás, y en una causa que proclamo buena...

— Eso basta, contestó Enrique, cuya irritacion se habia calmado de pronto. Acabó de dar á du-Halde las órdenes para anunciar la justa, que ha de tener lugar mañana á medio dia en los jardines del Louvre, y os invitamos á todos, bellas damas y valientes caballeros, para que honreis el acto con vuestra presencia.

— ¡Ah! ¡Crichton! exclamó Enrique volviéndose hácia el escocés, los dias de Tanneguy Duchâtel y de Gaston de Foix han pasado ya, y bien puede decirse que con mi valiente padre Enrique II de Valois ha espirado la caballeria.

— No habeis así, señor, contestó Crichton, en tanto que vos mismo podais manejar una lanza, y que un Joyeuse, un Epernon ó un Saint-Luc vivan para enarbolar el lábano de la victoria.

— Por no decir nada del caballero Crichton, interrumpió Enrique, cuyo nombre será la gloria de mi reinado mientras se olvidan los otros. Con el Bearnés en campaña, Guisa ambicionando mi corona, y mi hermano de Anjou en abierta rebelion, bien necesitamos corazones valerosos y fieles. Joyeuse, *hijo mio*, hace poco que he oido tu voz; ¿no recuerdas ninguna cancion caballeresca que se armonice con la cuerda que la casualidad acaba de hacer vibrar en mi pecho?

— Si lo desais, señor, contestó Joyeuse, oireis la cancion del mas valiente caballero que ha servido á monarca alguno de vuestro reino; el intrépido condestable Beltran Duguesclin.

Al pronunciar estas palabras, con un fuego y una animacion que demostraban su entusiasmo por los caballeros valerosos, Joyeuse entonó con voz melodiosa una balada en honor de Beltran Duguesclin.

— ¡Dios tenga en gloria al valiente condestable! exclamó Enrique suspirando, cuando Joyeuse hubo terminado su balada. ¡Pluguiera al cielo que viviese ahora! pero ¿á qué desearlo, continuó, mirando afectuosamente al vizconde, mientras tú estés á mi lado, amigo mio? Contigo á mi lado, añadió el rey sonriendo, nada tenemos que temer de las amenazas de la duquesa de Montpensier ni de...

— Ni de su hermano el de Guisa, señor, interrumpió Joyeuse. ¡Al diablo con Lorena y sus secuaces!

— ¡Ah! Joyeuse, hermano mio, dijo Enrique, tú eres verdaderamente tan bravo como Duguesclin y tan leal como Bayardo.

— ¡Bayardo! exclamó Crichton; mi corazon palpita al oír este nombre como si oyera el toque del clarin. ¡Ojalá que mi vida se pareciera á la suya y tuviese igual fin! añadió Crichton con entusiasmo.

— Lo mismo digo, repuso Joyeuse; pero ahora que nos ocupa el pensamiento de tan gloriosos recuerdos, yo te ruego, Crichton, que nos refieras las hazañas de aquel héroe con tus inspirados versos. Tú eres un cantor digno de Bayardo.

— Joyeuse tiene razon, dijo Enrique; no podria encontrarse un asunto mas noble para un poeta, ni mejor poeta para tal asunto. Tres abadias fueron el precio de igual número de sonetos de Felipe Desportes. No sé cómo podremos recompensar á Crichton.

— Ruego á V. M. que no me agobie con inmerecidos elogios, contestó Crichton, pues no me atreveria á ensayar mis versos con un tema que me conmueve profundamente.

— Por lo pronto, bebamos á la memoria del caballero *sin tacha*, dijo Enrique, y despues, inmortalizad sus proezas con vuestra cancion.

Las copas se llenaron y apuraron, y Crichton despues de brindar, bebió el contenido de la suya hasta la última gota.

Entonces, con una voz clara y sonora, llena de expresion, cantó una balada en honor del caballero Bayardo.

— ¡Bravo! exclamó Joyeuse al oír el último verso; ¡ojalá que el mismo espíritu que animaba á Bayardo conduzca tu mano mañana!

— Tengo confianza en que la espada de mi padre no habrá caído en indignas manos, contestó Crichton sonriendo, y que será tan victoriosa en mi mano como la invencible Durandana de Rolando, y tu patrona, Joyeuse, la tajante espada de Carlomagno. No olvidaré jamás de quién soy hijo, ni de qué hermosa dama soy el servidor.

Al decir estas últimas palabras, el caballero dirigió una expresiva mirada á Esclarimonda.

— ¿Y no os concederá la dama á quien servis alguna prenda ó gaje, segun costumbre de la antigua caballeria? La dama de Fluxas dió su manguito á Bayardo cuando este ganó el premio en el torneo de Carignan.

— Yo no puedo ofrecer mas gaje que este, dijo Esclarimonda ruborizándose y desprendiendo de sus cabellos un lazo de cinta. Se le doy al caballero Crichton y le ruego que lo lleve por amor mio,

Crichton tomó el lazo, y acercándolo á sus labios, exclamó con pasion:

— Lo llevaré en el extremo de mi lanza, y si mi enemigo ostenta otro de su dama, confio en que podré depositarlo como una ofrenda á vuestros piés.

— No hablemos ya mas de esto, interrumpió Enrique con impaciencia; yo mismo romperé una lanza en honor vuestro, hermosa Esclarimonda, y os proclamo desde ahora la reina del torneo. Señores, los heraldos anunciarán la justa mañana, y yo entraré en la liza, que ha de prepararse con una magnificencia mayor que de costumbre. Tú, Joyeuse, dispon que catorce de tus hombres de armas se adornen con bandas blancas; y tú, d'Epernon, manda que el mismo número de tus *cua-renta y cinco* se las pongan amarillas. Despues del combate tendremos carreras de caballos á la luz de las antorchas, y luego baile. ¡Pardiez! si mi reinado no deja otro recuerdo, será al menos célebre por sus fiestas. Y ahora, añadió, dirigiéndose á Esclarimonda con la mayor galanteria, espero que nos obsequiareis con una cancion, á fin de que estos caballeros puedan apreciar en lo que vale vuestro talento, admirando vuestra dulce y armoniosa voz, que seguramente nada tendrá que envidiar á la de nuestras primeras cantantes.

Persuadida de que las excusas serian inútiles, Esclarimonda, con una voz cuyo timbre, segun dijera Enrique, era tan dulce como musical, cantó un romance morisco titulado *Yusef y Zoraida*.

Los ruidosos aplausos del rey, al terminarse la cancion, fueron repetidos por toda la asamblea. Ruborizándose de modestia, Esclarimonda dirigió una furtiva mirada á Crichton, cuya silenciosa admiracion tenia mas precio á sus ojos que todos los cumplidos de los cortesanos.

— Ahora, dijo Enrique, toca el turno á la Torigni; sus canciones son por lo regular mas alegres. ¡Ah! señorita, ¿nos concederis esa gracia?

La Torigni no necesitaba que la instaran dos veces, y accediendo á los deseos del rey, entonó con mucha gracia una bonita cancion titulada *la Hermosa Yolanda*.

— ¡Pardiez! señores, exclamó el rey, debemos estar muy satisfechos; y os invito á que bebais conmigo á la salud de nuestras hermosas cantatrices.

Las palabras del rey fueron acogidas, como podia esperarse, con entusiastas aclamaciones.

— Me parece que el rey está un poco alegre, abate, observó Joyeuse.

— Sin duda, contestó Brantome, que apenas podia hablar; ¡el vino se le sube muy pronto á la cabeza! Pero ¿no veis, querido vizconde, que el banquete toca á su fin?

— ¿Lo creéis así? preguntó la Torigni; pues yo creo que aun no concluye. Señor vizconde, mandad á vuestro page que me sirva una gota de Chipre.

— Oigamos la cancion de S. M., interrumpió Joyeuse.

Al oír estas palabras, Enrique, con un gesto y una habilidad que demostraban cuanto habia cultivado su talento musical, improvisó una cancion en honor de la bella Esclarimonda.

— ¡Muy bien! exclamó Ronsard.

— ¡Perfectamente! repitieron todas las voces.

— El difunto Carlos IX no improvisó nunca tan buenos versos, continuó el poeta.

— Nunca, seguramente, añadió Chicot, pues los versos de Carlos pasaban generalmente por vuestros, amigo Ronsard. A mí me parece que un buen rey debe ser mal poeta; pero ya que todos habeis elogiado la improvisacion de S. M., escuchad la mia para que podais comparar.

Y remedando las miradas y la voz del rey, el bufon improvisó á su vez una parodia muy divertida de los versos del rey; pero no pudo pasar de la primera estrofa.

— ¡Basta! interrumpió el rey, no vengas ahora á interrumpir nuestra alegría con tus graznidos de cuervo. Prepárate á la señal, añadió en voz baja.

— Y ahora, señores, dijo Enrique en alta voz, ved que la noche avanza y que aun os espera el baile; la música os está invitando.

— No, hija mia, añadió con apasionado acento, viendo que Esclarimonda se iba tambien; vos debeis quedaros conmigo.

A esta invitacion del monarca, levantáronse los convidados, y cada caballero, tomando una dama del brazo, abandonó la sala del banquete, siendo Crichton y la Torigni los últimos en alejarse.

El escocés y Chicot cambiaron una mirada de inteligencia, mirada cuyo significado pareció comprender perfectamente el bufon, pues agitó su mano, pareciendo obedecer á una orden del rey, y las perfumadas antorchas se apagaron de repente como á una señal concertada de antemano. Pages, escuderos, ugieres y bufon desaparecieron como por encanto; cerráronse las puertas, y Enrique permaneció solo con Esclarimonda en medio de las tinieblas.

Todo aquello fué obra de un momento; el rey se quedó un poco sorprendido, porque Chicot habia dado la señal antes de lo que él queria.

Viéndose solo con Esclarimonda, Enrique comenzó á dirigirla palabras apasionadas, tratando al mismo tiempo de coger su mano; pero la jóven, lanzando un grito, se escapó de su lado, y á pesar de la oscuridad que la rodeaba, huyó en direccion á la puerta.

— ¡Ah! ¡ah! ahora no os podeis escapar, exclamó el rey con aire de triunfo, tratando de perseguirla.

Al decir estas palabras y al extender los brazos, agarróse á un objeto que, en la oscuridad, tomó por la fugitiva. La repentina caída de su real persona, acompa-

ñada de un estrépito de vasos y botellas que rodaban por el suelo, le sacaron bien pronto de su error, en tanto que una risa ahogada, que creyó provendria de la jóven, acabó por enojarle de veras.

Levantóse el rey sin decir nada, y conteniendo la respiracion, escuchó atentamente; pero no pudo oír nada. Al fin, parecióle percibir un paso ligero al otro extremo de la cámara, y entonces dirigióse hácia aquel lado. Un rumor semejante al de una tapiceria que se corre y á una puerta que se abre, llegó de pronto á oídos del rey.

— ¡Diablo! ¡la puerta secreta! ¿la habrá descubierto? exclamó Enrique precipitándose hácia donde se oía el ruido. Será muy capaz de escapárseme, despues de todo.

Sin embargo, habiéndole parecido que alguien se reia al otro lado de la sala, varió de direccion, en la creencia de que Esclarimonda no se habria escapado, y deslizándose en silencio, no tardó en apoderarse de una pequeña mano que cubrió de mil besos, y que, cosa extraña, no trató de retirarse.

Enrique se creia feliz.

— ¡Cómo engañan las apariencias! exclamó el amoroso monarca; esta oscuridad produce un completo cambio, y me alegro de haber mandado apagar las luces. Vos, bella Esclarimonda, que hace un momento os mostrábais tan esquiva, sois ahora tan amable y complaciente, como... ¿quién diré yo? como la hermosa Torigni.

— ¡Ah! señor, murmuró una dulce voz.

— En verdad, hija mia, continuó el monarca, que estoy á punto de enamorarme de vos aun cuando no seais católica.

En aquel momento una voz hueca murmuró á su oído estas palabras:

— ¡Infame Herodes!

El rey se estremeció.

Hemos dicho ya que el rey era supersticioso en alto grado. Su mano temblaba en aquel momento con tal fuerza, que apenas podia retener los perfilados dedos de la dama.

— ¿Habeis hablado, señorita? preguntó despues de una pausa.

— No he pronunciado una palabra, señor, contestó la dama.

— Vuestra voz me parece alterada, repuso Enrique; apenas la reconozco.

— Vuestro oído os engaña, señor.

— Tan completamente, dijo Enrique, que creo haber oído esa misma voz en otra ocasion, hace ya algun tiempo. Esto demuestra hasta qué punto puede uno engañarse.

— Es verdad, replicó la dama; pero quizás la voz de que hablais os haya parecido mas agradable que la mia.

— De ningun modo, dijo Enrique.

— ¿No me cambiariais pues por otra? preguntó tímidamente la dama.

— ¡Ni por mi reino! exclamó Enrique; la persona á que aludo no se os parece en nada, amiga mia.

— ¿Estais bien seguro de eso, señor?

— Como de mi salvacion, replicó el rey apasionadamente.

— De esa no estás seguro! murmuró de nuevo á su oído la voz sepulcral.

— ¡Otra vez! ¿No habeis oído nada, señorita? preguntó el rey con acento de terror.

— Absolutamente nada; esas son ilusiones de Vuestra Majestad.

— Acaso sea así, contestó Enrique temblando; pero comienzo á creer que he obrado mal al amar á una hugonota. ¡Pardiez! ¡es preciso que mudeis de religion!

— Y tú de conducta, Enrique de Valois, murmuró la voz cavernosa; ¡si no, tus dias están contados!

— *Averte faciem tuam a peccatis meis!* exclamó el rey aterrado y cayendo de rodillas *et omnes iniquitates meas dele!*

— ¿Qué tiene V. M.? preguntó la dama.

— ¡Atrás! ¡atrás!... ¡bella ilusion! exclamó Enrique; ¡retírate!... *Docebo iniquos vias tuas, Domine!*

— No atormentes á esa virtuosa hugonota, continuó la voz.

— *In peccatis conceptit me mater*, siguió diciendo Enrique.

— Es verdad, replicó la voz, ó la memoria de Fernelio se ha calumniado villanamente.

— ¡Fernelio! repitió Enrique, comprendiendo apenas lo que acababa de oír, é imaginándose en su terror que la voz habia manifestado pertenecer á la sombra del difunto médico de su madre. ¿Eres tú el alma de Fernelio, que ha salido del purgatorio para atormentarme?

— ¡Tú lo has dicho! contestó la voz con acento solemne.

— Yo haré que digan misas por el reposo de tu alma, desgraciado Fernelio, continuó el rey, pero no me atormentes mas. *In paradysum deducant te angeli! Suscipiant martyres!*

— Aun debes hacer mas, contestó la voz.

— Haré lo que me mandes, buen Fernelio, contestó el rey.

— Ama á tu bufon Chicot, continuó la voz.

— Como á mi hermano, repuso el rey.

— No como á tu hermano, sino como tí mismo, continuó la voz.

— Lo haré, lo haré, dijo el rey. ¿Qué mas?

(Se continuará.)

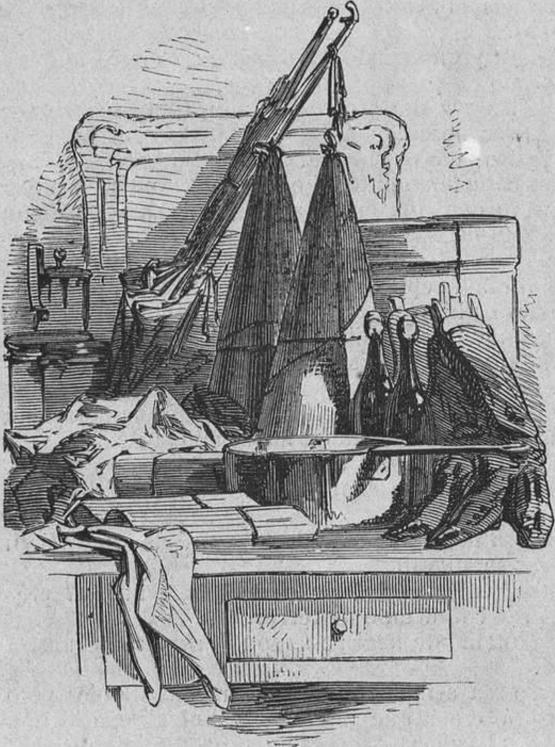
EL DIA DE AÑO NUEVO.



La mujer que quiera ser feliz todo el año, dicen que tiene que abrazar al primer hombre que vea el 1º de enero.



A través del tabique: — Feliz año, vecina. — Felicísimo, vecino.



Para la gente positiva.



En mi aldea.



Para las señoritas.



El doble chasco. — La fotografía aplicada á los regalos de Año nuevo

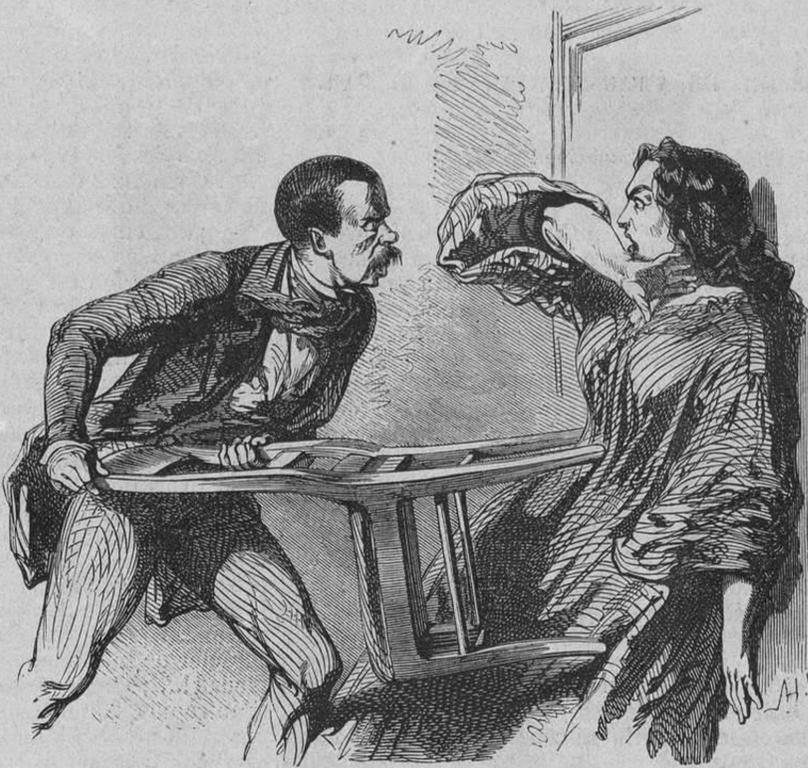


Un poeta aprovechando la ocasion de colocar un e emplar de sus obras.

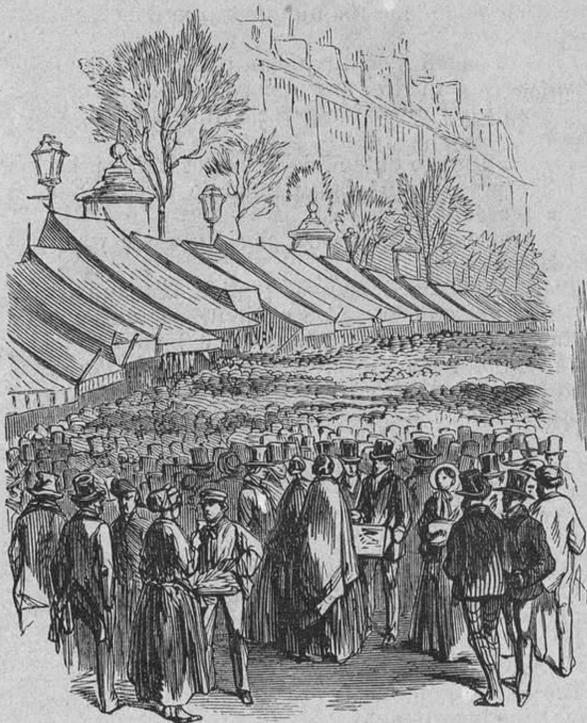
EL DIA DE AÑO NUEVO.



Mientras llega el día de la bendición nupcial.



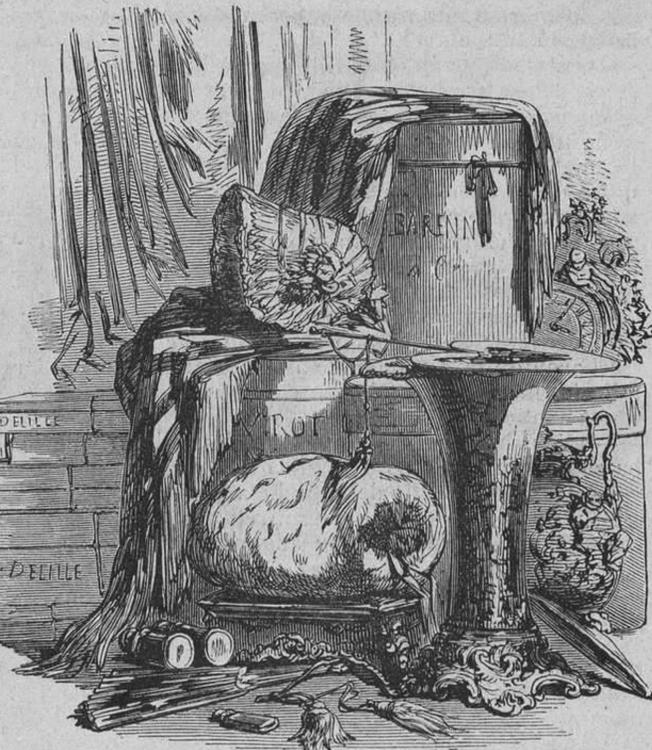
El que está de buen humor el 1º de enero, lo está todo el año.



Vista del bulevar el día de Año nuevo.



En las barreras.



Ofrenda de un marido generoso.



Era en 1801.



¿Qué me vendría à mi de todo esto?

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuacion.)

— ¡Su hijo! murmuró don Gil con una profunda expresion de odio y cubriéndose la cara con las manos.

— ¡El hijo de don Alvaro! balbuceó Marta y continuó diciendo á media voz: por eso le he confundido con él; si se parecen como dos gotas de agua, tiene hasta el lunar que tanta gracia le hacia á mi infeliz señora...

Alberto miraba con asombro á unos y á otros; Clementina parecia una estatua; pálida, apoyada en el tronco de un árbol, quedó inmóvil aguardando el resultado de aquella escena.

Don Gil fué el primero que rompió el silencio: dominó su alteracion haciendo un penoso esfuerzo, con un ademan imperioso mandó retirar á Marta y su marido; estos se dirigieron tristemente hácia la quinta.

Luego volviéndose hácia el marqués le preguntó:

— Me buscábais, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Y en qué puedo complaceros?

— Vengo á pedir la mano de vuestra nieta.

— ¿Para quién?

— Para mí, deseo hacerla mi esposa, nos amamos con la mas dulce ternura.

— ¡Para vos, para el hijo de don Alvaro, jamás!...

Don Gil, trémulo de cólera, cogió á Clementina de un brazo y la gritó con voz de trueno:

— ¡Insensata! ¿Qué has hecho... desde cuándo le amas... decid, pronto, decid?...

— ¡Dios mio! murmuró la jóven sollozando y sin poder articular palabra.

— Calmaos, señor don Gil, dijo Alberto; ignoro la causa de ese arrebató y puedo decir que en mi proceder desde hace ocho dias que conozco á Clementina, ha reinado la mayor lealtad; mis intenciones han sido las mas puras que puede abrigar un caballero, y mi único deseo es hacerla mi esposa, por lo cual aguardé vuestro regreso con impaciente anhelo.

— ¡Nunca! ¡Clementina no puede ser vuestra esposa!...

— ¡Y si nos amamos con delirio!...

— ¡Que ese funesto amor se borre de vuestra alma para siempre; os lo mando en nombre de Dios!...

El acento grave y solemne del anciano hizo temblar á los jóvenes, que se miraron confusos.

— ¡Explicadnos al menos!...

— ¡Ven, hija mia, ven! exclamó don Gil cogiendo el brazo de su nieta y arrastrándola tras de sí.

— ¡Os seguiré al fin del mundo!... murmuró Alberto.

— ¡Os lo prohibo... caballero, retiraos!... dijo el anciano deteniéndose y con un ademan lleno de majestuosa nobleza.

— Decidme siquiera una palabra que calme mi ansiedad, y por qué me negais la mano de Clementina.

— La explicacion de mi negativa os la daré en vuestra casa; aguardadme allí: en tanto juzgado como un sueño vuestros amores y sepultad el recuerdo de mi nieta en el mas profundo olvido.

— ¡Ah, su amor es mi vida!...

— ¡Su amor es vuestra muerte!... exclamó don Gil cogiendo en sus brazos á Clementina que se habia desmayado y conduciéndola á su casa.

Alberto, anonadado, los siguió con la vista y lleno de dolor exclamó:

— ¡Adios, amada mia, adios, si una mano cruel nos separa, el destino volverá á reunirnos, pues nuestro amor tiene por término el altar ó la tumba!...

LXI.

SEPARACION.

V.

Cuando la infeliz y acongojada Clementina volvió de su desmayo, se encontró en su lecho; á la cabecera estaba su abuelo inmóvil y silencioso.

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio!... murmuró la jóven recordando su situacion y rompiendo en un prolongado sollozo.

— ¿Cómo te sientes, hija mia? la preguntó don Gil.

— Tengo el corazon oprimido, y quisiera llorar para desahogarme.

— Lloro, pues, Clementina, y olvida luego tus dolores.

— ¡Ay! ni uno ni otro puede ser; no hay lágrimas en mis ojos ni olvido en mi corazon, para ese interesante episodio de mi existencia. Ya, sin Alberto, no puede haber para mí felicidad ni sosiego.

— Te prohibo de una manera absoluta, terminante, y usando de toda la autoridad que tengo sobre tí, que vuelvas á pronunciar ese nombre, ni á pensar en esos amores que debes juzgar como un sueño de tu fantasia.

— ¿Pero decidme por qué?

— ¡Silencio! ni una palabra mas; el por qué lo sabrás á su tiempo.

Clementina calló, amedrentada por el imponente tono del anciano, y mas aun por su severo aspecto.

Don Gil abandonó el dormitorio, y desde el gabinete inmediato estuvo dando á los diferentes criados que entraban y salian varias órdenes, haciendo trasladar ropas y objetos; por lo cual hubo de comprender la jóven que se trataba de un viaje precipitado.

Se incorporó en la cama, y hallándose completamente vestida, se fué deslizando despacio hasta colocarse en un sitio desde donde pudo observar todas las operaciones. Cuando se convenció de la certeza de su sospecha, sintió un dolor agudo, que casi volvió á trastornarla.

— ¡Oh, cuán desgraciada soy! murmuró dejándose caer con desaliento en un sitial. ¡Qué he hecho, Dios mio, para merecer esta suerte tan cruel! ¡Alberto... Alberto... ya no te veré mas, pero en mi alma queda grabada tu imagen para siempre, no es posible olvide tu amor... ah, nunca... sin tí, la existencia me es odiosa!

Al llegar aquí de sus tristes reflexiones, tendió la vista en su derredor y vió el ramo de flores que su amante la dejó en la ventana la noche de la serenata. Sin embargo del prolijo esmero con que habia sido cuidado, estaba casi marchito. Le cogió, y besando sus hojas con amoroso éxtasis, volvió á exclamar:

— ¡Flores queridas, tiernas mensajeras de sus sentimientos apasionados, sed mi consuelo, y unidas con su retrato y su cinta no os separeis de mi corazon, fortalecedle y dadme fuerzas para sufrir esta dolorosa separacion!... ¡Ausencia cruel, que será eterna quiza! ¡El carácter de mi abuelo es inflexible y no puedo esperar piedad!... ¡Nuestra esperanza está en el cielo, allí nos reuniremos, Alberto mio, y bendecido por mi madre gozaremos la dicha de los ángeles!...

¡Pobre Clementina!

Se resignó cual una mártir á sufrir una vida de amargura y de tormentos, y sin ser dueña de su voluntad se dejó conducir maquinalmente al carruaje que los aguardaba á la puerta de la quinta.

En muchas horas no salió de su aletargamiento, nada veia en torno suyo, su combatida imaginacion presentábala de continuo ante los ojos un porvenir sombrío, cruel y tan triste como el de su madre.

Recordaba con terror aquel sueño fatal en que una voz fatídica repitió á su oido «jamás será tu esposo» y que por una extraña fatalidad convinieron con las que pronunció su abuelo al separarlos para siempre.

Muchas horas debieron estar en camino; Clementina tampoco de esto supo darse razon; sin embargo, no pasó desapercibido á sus ojos que el sol se ocultó dos veces en el ocaso y todavia no pudo dar descanso á sus miembros, ni halló el mas leve término para la lucha de su espíritu.

Nosotros, lectores míos, nos adelantaremos; pues, antes que lleguen los viajeros, quiero conozaís el paraje adonde el severo anciano conducia á su nieta con ánimo quizá de cortar de raiz un mal que no tenia remedio.

Con el nombre de Villacotin, se conocia en los tiempos á que mi historia se refiere, una bonita y alegre aldea situada á corta distancia de Madrid.

Está á la derecha de la carretera de Castilla, y medio escondida en el fondo de un valle por el que cruza travieso y jugueteo un cristalino riachuelo, que sin dejar su nombre de modesto arroyo, toma, no obstante, en invierno los honores de rio.

Villacotin compónese apenas de ochenta casas, siendo la mejor de todas, y por lo cual sus habitantes la denominan *el palacio*, una que descuella entre todas por su segundo piso y un hermoso mirador, requisitos de que carecen las demás, que únicamente se componen de una planta baja.

Ahora bien; esta casa ó palacio, como queramos llamarle, pertenecia á don Gil del Manzanar, y le habitaba una hermana de Marta, la nodriza de Clementina.

La señora Genoveva, este es su nombre, se casó un año antes que Marta con un labrador llamado Anselmo, el cual murió desgraciadamente, dejando á su infeliz esposa sumamente pobre y con dos hijas. Don Gil, que apreciaba mucho á Genoveva por su carácter laborioso y recto, la protegió, dándola por un módico arrendamiento la bonita y saneada hacienda que poseia en Villacotin, y toda la planta baja del palacio.

Los jardines de esta hermosa casa, prolongábanse hasta fuera de la aldea, quedando una de sus puertas de salida, casi frente por frente de una ermita de la Soledad que veneran con especial devocion los habitantes de Villacotin.

Genoveva tenia, segun hemos indicado, dos hijas, que en la época que venimos á encontrarla, son ya casaderas, y las cuales, si bien son ambas bellas y agraciadas, forman dos tipos enteramente opuestos por su figura y sentimientos.

Inés es la mayor, y ha recibido de su buena madre el mismo carácter bondadoso y dulce. Tiene igualmente que aquella cabellos rubios, tez blanca y satinada, que forma un precioso contraste con sus ojos oscuros, de mirada lánguida y penetrante. Su fisonomía es tan expresiva, que seduce, y tan brillantes las cualidades que distinguen á esta hermosa jóven, que es imposible verla una sola vez sin amarla y sin sentirse atraidos por su encantadora bondad.

Dolores es la hija menor de Genoveva, y para desgracia suya y ajena, posee un alma tan pequeña y raquítica como su cuerpo.

Aunque de corta estatura, es sin embargo, bastante linda; rubia, con ojos azules, de mirada torva, en la

que se pinta toda la malignidad de su carazon. Sumamente envidiosa y malintencionada, con un genio áspero y desapacible, forma un conjunto desagradable al lado de su madre y hermana, que son la amabilidad por excelencia.

Inés estaba sentada en el jardin á la sombra de un laurel. Ocupábase en bordar á hurtadillas una petaca. Tiene un libro de poesias sobre la falda y á cada momento lo coge, ocultando la labor, temerosa de que la sorprendan. En uno de estos momentos, vió abrirse la puerta de las habitaciones interiores, apareciendo en ella Dolores, que echó á correr por una calle de tilos gritando:

— Inés, Inés, ¿dónde estás?

— Aquí, hermana, á la sombra del laurel.

— ¡Jesus! siempre te vas escondiendo; vamos, señora filósofa, á ver si quieres dispensarnos el obsequio de venir, pues tenemos huéspedes.

— ¿De veras, y quién son las amables personas que tienen la bondad de favorecernos? preguntó Inés con dulzura.

— ¡Sí; buen favor te dé Dios! á darnos mas guerra que un regimiento. Acaba de llegar un criado con una carta de don Gil, en la cual nos anuncia llegará esta noche con su nieta á hospedarse en nuestra casa.

— ¡Cuánto me alegro! tenia vivos deseos de conocer á Clementina.

— ¿Te alegras? pues yo no.

— ¿Y por qué? Antes debes celebrarlo; estos señores de tan recomendables cualidades á quienes nuestra madre aprecia mucho, nos han protegido, dejándonos esta casa y su hacienda, con lo que disfrutamos tan agradable bienestar, y á no ser por esto Dios sabe cuál seria nuestra suerte, habiéndonos dejado padre al morir en la mayor miseria.

— ¡Bah... lo que es eso no se lo agradezco!... ellos no podian cultivarla por sí, y lo mismo les daba dejárnosla á nosotros que á otro cualquiera.

— Eres muy desagradecida, y no te acuerdas de tantos favores como debemos á esa digna familia.

— Vaya, déjate de sermones y dime; ¿será muy hermosa esa señorita? si se parece á su abuelo, tan secucho, con aquellos bigotes canos y aquel gesto avinagrado que no le abandona un momento, no debe ser muy simpática.

— Creo te engañes en tu juicio, pues he oido decir muchas veces á madre, que doña Elisa era de una belleza portentosa y que se le parecia mucho su hija Clementina.

— Tambien tengo entendido que esta señora no fué muy feliz, y no sé qué lance hubo de pasarla por ser demasiado crédula.

— ¡Pobre señora! bien caro pagó su amor y su credulidad.

— Bien empleado la estuvo: ¿quién la mandaba casarse sin permiso de su padre y mientras la ausencia de este? tales casamientos no pueden salir bien.

— Calla, Dolores, no injuries la memoria de tan digna señora. Nosotros debemos respetar su desgracia y rogar á Dios por su eterno descanso.

— No seria yo mala tonta en rezar por quien no me va ni me viene; bastante tengo con padre y los demás difuntos de la familia.

— ¡Ay, Dolores!... qué carácter tienes tan poco compasivo.

— No, que seré tan tonta y melindrosa como tú.

— Vaya, haz el favor de dejarme en paz y vamos á disponer lo necesario para recibir á esos señores.

— Lo que es yo no me cansaré mucho, dispónlo tú que tanto te alegras de su venida.

— Tan indiferente me es tu cooperacion, como tú misma. Eres incorregible.

— Con tus sermones de moral voy á enmendarme.

Inés, sin hacerla caso, se dirigió adonde estaba su madre, y entre las dos arreglaron las habitaciones que debian ocupar don Gil y Clementina, sin que nada faltase para su descanso y comodidad.

Entre tanto, Dolores ocupó el sitio que acababa de dejar su hermana, y pretendiendo remedarla, tomó el libro que habia quedado sobre la arena. Leyó unos cuantos versos sin comprenderlos hasta que, cansada, le arrojó lejos de sí exclamando:

— Bah, está visto que no sirvo para filósofa; porque la lectura me da sueño...

LXII.

LAS DOS AMIGAS.

VI.

La tarde del mismo dia en que hemos presentado á nuestros lectores la familia de la señora Genoveva, llegaron los viajeros. Era cerca de anochecer, y apenas tomaron asiento en una salita baja con rejas al jardin, se presentaron Inés y Dolores á obsequiar y acompañar á los amables huéspedes, siéndoles á poco servida con la mayor finura, una opípara cena.

La señora Genoveva no se cansaba de hacer cumplidos elogios de la hermosura de Clementina, lo cual apoyaba Inés con la mas franca sinceridad, no sucediendo lo propio con Dolores, la que desde luego puso un gesto desapacible, al contemplar la notable belleza de la jóven. Su carácter envidioso no podia tolerar en otro la mas pequeña sombra de superioridad.

— Permittedme, hija mia, que os abraza una y mil ve-

ces; decia llorando la bondadosa Genoveva y sin poder apartar sus ojos de Clementina. Mis lágrimas os afligirán acaso, pero son hijas de mi cariño y del incesante recuerdo que tengo de vuestra noble madre, de la que sois su vivo retrato.

Conmovida Clementina con las demostraciones de aquella buena gente, dió una leve tregua á su dolor para corresponder á ellas, mirando á Inés desde el primer momento con un impulso de irresistible simpatía.

Después de haber girado la conversacion sobre memorias pasadas y otras varias cosas, insinuó la señora Genoveva á don Gil, lo conveniente que seria retirarse á descansar.

— Yo por mi parte, contestó el anciano, aun permaneceré aquí disfrutando el agradable ambiente de los jardines; Clementina necesita descanso y puede retirarse.

— ¡Oh! si, murmuró esta; aprovecharé con mucho gusto vuestro permiso.

— En ese caso, acompañad vosotras á esta señorita, dijo la señora Genoveva á sus hijas.

— ¿Para qué se han de molestar las dos? basta con que Inés tenga la bondad de enseñarme el aposento que me hayais destinado.

Clementina, al decir esto, asió el brazo de su nueva amiga, temerosa de que otra disposicion contrariase su desec. Dolores, mordiéndose los labios de coraje, permaneció clavada en su asiento y correspondió con un irónico gesto al atento saludó que dirigió Clementina á los circunstantes.

— No me dejéis ni un momento, dijo la nieta de don Gil á Inés, luego que salieron con direccion al piso principal, donde tenia sus habitaciones.

— Tendré en ello mucho gusto, señorita.

— Ni me llaméis tampoco señorita; llamadme amiga, hermana, cualquier término cariñoso que me demuestre vuestra simpatía. ¡Ah, tengo tanta necesidad de que me quieran!...

— Pues contad con mi sincero cariño, el que os ofrezco tan espontáneo y puro como el mas grande y fraternal sentimiento.

— Gracias, amiga mia; mi querida Inés, no en vano os he elegido por compañera, sintiendo por vos una irresistible simpatía.

Estas palabras fueron pronunciadas dentro ya de la primera pieza que la habian destinado, y era una salita pequeña, sencillamente amueblada. Tenia dos balcones, desde los que se dominaba la carretera de Castilla. Enfrente estaban las alcobas que debian servir para ambas.

Una suave y plateada luna iluminaba por completo el aposento.

— ¡Oh, qué hermosa noche! murmuró Clementina acercándose al balcon de su dormitorio y recordando con pena aquella en que, por primera vez, escuchó las dulcísimas canciones de Alberto.

Antes de entregarse al descanso que tanto necesitaba, y hallándose sola, se dejó llevar de sus tristes cavilaciones, y por fortuna suya, el llanto, largo tiempo comprimido, brotó á raudales de sus ojos, con lo que desahogándose algun tanto su acongojado corazón, pudo al fin conciliar un sueño bastante apacible, si no del todo tranquilo.

Amaneció el siguiente dia, y pasaron tres mas, uniformes y monótonos, sin ningun incidente digno de notarse.

El mutuo y tierno cariño de las dos jóvenes creció de manera que no se separaban ni un minuto. Dolores nunca pudo alternar con ellas en sus solitarios paseos y secretas conversaciones, por lo cual estaba celosísima y se propuso vengarse, espiando todas sus acciones hasta sorprender el secreto que no podia dudar existía entre las dos.

Don Gil, llegó casi á tranquilizarse por completo, al ver que la fisonomía de su nieta recobraba la calma, creyéndola enteramente curada de su funesta pasion. Por lo tanto, y atendiendo á lo bien que se encontraban en Villacotin y lo á propósito que era la aldea para no ser descubiertos por el marqués, se propuso instalarse en ella, si no definitivamente, por lo menos todo el verano.

(Se continuará.)

Monseñor Pavy.

Monseñor Pavy, obispo de Argel, cuyo retrato publicamos, sabia unir al celo evangelico y á los deberes del episcopado, un cuidado particular por los intereses todos de la colonia argelina. Así ha sucedido que la poblacion de Argel, sin distincion de clases, ha manifestado el mas vivo pesar á la noticia del fallecimiento del caritativo prelado.

El viérnes 23 de noviembre tuvieron efecto en Argel sus exequias, habiendo ocurrido la defuncion el 16 del mismo mes. Puede decirse que la ciudad entera se habia dado cita al entierro para rendir un postrer homenaje al hombre de bien cuyas eminentes cualidades eran apreciadas por todo el mundo.

Esperábase en Argel á un prelado francés para presidir los funerales; mas en la ausencia de los prelados del arzobispado de Aix, de que forma parte Argel, ofició el canónigo decano. A las doce del dia siete cañonazos anunciaban á los habitantes que el cuerpo de Monseñor Pavy quedaba depositado en la bóveda subterránea de la catedral.

R. DE M.

Un capítulo olvidado

DE LOS MISTERIOS DE PARIS.

EL TRAPERO-MÉDICO.

Hace ya algunos años, cuando redactaba yo la *Gaceta de los hospitales*, tuve conocimiento de un hecho singular de que di cuenta al público del modo siguiente: — Dicese que uno de nuestros novelistas que quiso estudiar las costumbres, lenguaje y existencia de las clases mas ínfimas de la sociedad, iba á menudo, y á veces en medio de la noche, á las madrigueras de la Cité y á las inmundas tabernas del mercado de los Inocentes. Mal vestido y mal calzado, podia muy bien sin descubrir su posicion social, sentarse en los bancos de madera, apurar su vaso y hacer á sus anchas sus estudios y sus observaciones.

Entrando una noche en uno de estos lugares, distinguió en medio de la sala, y gravemente sentado delante de una mesa, á un hombre de semblante escualido, pero de mirada penetrante é inteligente: este hombre era un trapero. A la claridad de una vela de sebo metida en una botella y colocada á la izquierda de este ser misterioso, el escritor vió sucesivamente que se acercaban á la mesa mujeres, chicos y hombres, cuyos vestidos haraposos y extraños ponian de manifiesto á la vez su miseria y su oficio. A cada uno de ellos, el trapero hacia preguntas, le tomaba el pulso, le examinaba la lengua, y segun la gravedad del mal le condenaba al descanso ó le daba una receta escrita en un pedazo de papel que sacaba de su cesto. El novelista, interesado en extremo con lo que veia, se aproximó tambien, y al cabo de un corto interrogatorio, recibió la receta siguiente:

«Para curarte de tu enfermedad seria menester que participaras de nuestras miserias y te mezclases en las luchas sangrientas que suelen estallar entre nosotros.»

El encuentro era singular y el novelista, que era hombre de imaginacion ardiente, vió en aquella existencia metamorfoseada de aquel modo, un magnifico asunto de novela, y creyó haber hallado la fecunda mina que ha dado tanta fama á Eugenio Sué. Esperó pues á la puerta de la taberna, y cuando concluida la consulta apareció el Esculapio trapero con el cesto á la espalda y el gancho en la mano, el novelista se acercó á él y le preguntó si el papel que acababa de verle desempeñar no era por ventura una de aquellas antiguas y singulares franquicias de que disfrutaron los truhanes de la edad media.

— No, señor, contestó el trapero, yo soy verdadera-

mente un doctor en medicina de la Facultad de Paris; mi despacho consta en los registros de la prefectura y del tribunal civil del Sena: he cumplido con todas las prescripciones de la ley.

Y dejando errar una sonrisa sobre sus labios, añadió: — Quizás soy el médico de Paris que ve mas enfermos.

Mas como si hubiese temido dejarse arrastrar en la via de las confidencias, se alejó columpiando en su derredor el farolillo, á cuyo resplandor distinguió un trapo que recogió con la presteza de la gente de su oficio.

Desde la época en que yo escribi estas lineas, no habia vuelto á oír hablar del médico-trapero, cuando hace poco tiempo recibí una carta firmada por un nombre que no pude leer, pero acompañada de la fórmula: d. m., P (doctor médico de Paris). Mi hombre me decia, que no atreviéndose á presentarse en mi casa ni á recibirme en la suya, me suplicaba, invocando nuestra confraternidad, que acudiera á una cita que me daba en una taberna de la barrera de Fontainebleau.

Acudí á esta cita.

Nuestro encuentro debia tener lugar en uno de esos establecimientos inmundos que pululan en las barreras de Paris, y en los cuales el pueblo bajo, embriagado con un líquido infernal, sueña con todos los vicios y todas las depravaciones.

No obstante la repugnancia que debia inspirarme semejante sitio, entré resueltamente, y al punto el amo de la casa, que sin duda estaba prevenido, me condujo á una trastienda, donde distingui apoyado de codos en una mesa, á un hombre cuya cabeza encanecida por los años, tenia cierta expresion de nobleza, no obstante los harapos que le cubrian.

Al ruido de mis pasos, este hombre se levantó, y después de haberme saludado con una cortesía, que por cierto no me esperaba, me señaló un banquillo que estaba enfrente de su asiento.

El tabernero se retiró, y cuando nos quedamos solos, me dijo:

— Ahora comprendereis por qué no he podido ir á vuestra casa.

La sorpresa que me causaba esta aventura me dominaba de tal modo, que no hallaba una palabra que responder.

Mi interlocutor prosiguió diciendo:

— En cuanto á citaros en la mia, era imposible.

Y señalándome un cesto que estaba en un rincon del cuarto añadió:

— Los traperos no tienen casa; cuando el cansancio y el sueño les abaten, encuentran por un sueldo unas guardias que los proporcionan un poco de paja durante algunas horas del dia ó de la noche. Los aristócratas del oficio pagan dos sueldos y tienen un camastro.

Y dejando errar una sonrisa sardónica por sus labios, continuó:

— Mi clientela no es bastante rica para que me permita yo un lujo semejante.

Sin embargo, muy luego me dijo con su aire grave:

— Veo que abuso demasiado del derecho que me da mi titulo de compañero vuestro en medicina, y voy á entrar en materia.

Y al cabo de una corta pausa, añadió:

— En la desgracia que me ha conducido á la miseria en que me veis, no he contado mas que un amigo. Su recuerdo es la única alegría que el cielo me haya conservado en este mundo; desde hace quince años mi corazón no ha tenido otro consuelo, y á fuerza de saborear esta memoria, se me ha ocurrido una idea, para cuya realizacion cuento con vos; quisiera antes de morir, volver á ver á este amigo, aun cuando fuera de lejos.

Prometí al trapero un concurso activo, si queria indicarme el papel que me destinaba.

— Los bibliomanos del gran mundo, prosiguió con una ligera sonrisa, tienen que gastar mucho para estar al corriente de los libros que se publican, en tanto que yo, habiendo conservado en mi desnudez la aficion á la lectura, leo cuantos papeles manuscritos ó impresos vienen á caer en mi cesto. Un libro muy curioso se podria hacer con todos estos papeles, y os juro que con este libro quedaria bien satisfecha la curiosidad pública. Pero pasemos adelante. Un dia recorria yo una prueba de imprenta, que era un fragmento de vuestro *Anuario medical de la Francia*; así tuve conocimiento de vuestra obra, que me ofrecia los medios de volver á encontrar á mi amigo, pues desde el dia que tomé el gancho y el cesto, acabé de verle, y la distancia que habia entre los dos me hizo perder sus huellas.

El trapero me descubrió entonces el nombre de su amigo, que como nosotros dos, era doctor en medicina; y que por consiguiente si vivia, debia estar inscrito en mi Anuario.

No podia yo inmediatamente satisfacer la curiosidad de mi interlocutor, pues necesitaba antes compulsar cartas y registros.

Se hacia precisa otra cita.

— Venid á mi casa, le dije; la casa del médico es como la de Dios, no se ofende de la miseria que la visita.

Y estrechando afectuosamente la mano que yo le alargaba, me contestó:

— Sí, muy luego iré, y mil gracias; pues os deberé la última y la mayor de las alegrías de mi existencia.

Al despedirme, pensé que si aun no era yo amigo de este hombre, al menos me habia grangeado su confianza.

No me engañaba.

El médico cuyo paradero deseaba encontrar, ha-

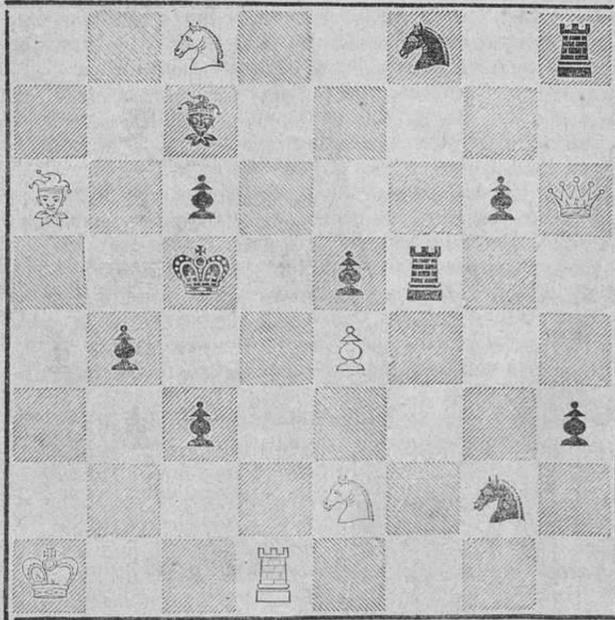
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 229.

- 1 C 5ª R R 5ª AR
- 2 Ra 2ª CR T 6ª AR
- 3 C toma T R 5ª R
- 4 C 5ª R jaque R juega
- 5 C 6ª CR ó Ra 5ª Ra jaquemate.

PROBLEMA NÚMERO 230, POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

bia muerto hacia un año en un pueblecillo de provincia, y quise no descubrir tan fatal nueva al trapero sino con las precauciones debidas á la desgracia.

Esta conducta tan sencilla me elevó tanto en la estimación de mi visitante, que alargándome una mano trémula, me dijo:

— El cielo ha tenido lástima de mí en este último golpe, pues habria podido saber la muerte de mi amigo por un pedazo de papel recogido en la calle... ¡Ah! ¡Dios mio, gracias!

Cuando se calmó un poco su dolor y hubo enjugado sus lágrimas con su blusa, me dijo:

— Quiero probaros mi gratitud contándoos la historia de mi vida. Es lo único que me pertenece. De nada os servirían mis instrumentos de trabajo, en tanto que podreis sacar una provechosa lección de mi historia.

Seguramente, nada podia hacer el trapero que me fuese mas grato. Mi hombre comenzó en estos términos:

« Durante mas de diez años he ejercido la medicina entre la aristocracia parisiense, y mas de uno de vuestros grandes doctores me envidiaría hoy la posición que ocupaba entonces. Entre mis parroquianos mas fieles contaba un joven matrimonio de alta posición social, tanto por el nombre como por la fortuna. La señora, nerviosa y delicada como todas las señoras criadas en el lujo y en el aire viciado de los salones, se quejaba á menudo de estremecimientos y sobresaltos de tendones que solian degenerar en verdadera crisis nerviosa. Este estado, al que se habian acostumbrado las personas de su casa, ya no les asustaba; y si reclamaban mis cuidados era, digámoslo así, por pura fórmula.

» Una tarde que tenia yo amigos á mi mesa, vinieron á buscarme para esta señora que se hallaba, segun me dijeron, con su ataque. Con efecto, fui en seguida, y mas preocupado yo con los amigos á quienes habia dejado que con la enferma, la hice respirar, como de costumbre, el éter sulfúrico, y viendo que se calmaba me retiré, no sin ordenar una pocion calmante, y muy contento porque me iba á reunir con mis convidados.

» Una hora despues volvieron á llamarme muy de prisa, y cuando llegué á la casa encontré muerta á la señora. Un horrible espectáculo se ofreció á mi vista, la cama estaba inundada de sangre que chorreaba por los colchones hasta el suelo: evidentemente la muerte era efecto de una hemorragia. Descubrí el cuerpo y vi con sorpresa una herida profunda en el muslo derecho. Interrogué á los criados sobre la causa de esta herida, y me contestaron que lo ignoraban; pregunté por el marido de la desdichada que acababa de sucumbir y un criado me dijo que su amo, con el rostro trastornado y los vestidos en desorden, habia salido, previniéndole que su mujer estaba con la crisis nerviosa, y que desde aquel momento no le habian vuelto á ver en la casa.

» No cabia duda que se habia cometido un crimen y pasé aviso al comisario de policía. Cuando llegó el magistrado encontraron en la chimenea, detrás de la pantalla con que la adornaban en el verano, un puñal ensangrentado, cuya hoja se adaptaba exactamente á la herida de la victima. Esta arma pertenecia al marido, de modo que el marido era el autor del crimen.



Monseñor Pavy, obispo de Argel, muerto el 16 de noviembre de 1866.



Médico y trapero.

» Se formó causa y de ella resultaron los hechos siguientes: No obstante una indisposición ligera de su mujer, el marido habia tenido con ella una discusión relativa á intereses de familia, y en medio de esta disputa, sobrecogido de un movimiento de ira que rayaba en enajenación mental, se habia apoderado de un arma colgada de la pared, y precipitándose sobre su esposa habia emprendido con ella una lucha, en la cual ella no podia salir con ventaja. Durante algunos minutos la desdichada victima contuvo el brazo de su asesino; pero rendida al fin por sus inútiles esfuerzos y por el temor de la muerte, cayó en una crisis nerviosa, á cuyo beneficio el marido la hirió á mansalva, aunque turbado, como lo estaba, pegó en el muslo cuando se dirigia al corazón.

» La vista de la sangre, las convulsiones de la victima, quizás el remordimiento, detienen á este hombre, quien sin darse cuenta de sus acciones, arroja el puñal á la chimenea, cubre el cuerpo de su esposa para disimular su crimen, y huye lejos de tan horrible espectáculo, advirtiendo á un criado que su ama está con un ataque de crisis nerviosa.

» Ya comprendéis el papel que representaba yo en este proceso; el fiscal y el defensor del marido me acusaron sucesivamente de que habia dejado morir á la mujer herida. Sin la ignorancia del médico, decia el abogado, no tendríamos que responder aquí á una acusación de asesinato, sino á un simple cargo de golpes y de heridas.

» Esta causa hizo mucho ruido, tanto por la posición social de los actores, como por el escándalo y la extrañeza de los hechos. Mi nombre, repetido de boca en boca, fué objeto de befa y de maldiciones, y así acabó de repente una reputación honrosa adquirida mediante quince años de trabajo y de fatigas.

» Mis compañeros, lejos de defenderme, fueron los primeros en acusarme; ellos fueron los mas implacables. Uno solo acudió en mi ayuda y abogó siempre por mí, era el amigo cuya muerte me habeis anunciado. No obstante su afecto, mi clientela disminuyó rápidamente, y muy luego me encontré con que no podia sostener el rango que habia ocupado hasta entonces. Los que se decian mis amigos, me abandonaron cuando me dejó la fortuna y me quedé solo, no guardando mas que un profundo desprecio á los hombres.

» La vida me vino á ser indiferente; que se acabara ó no me importaba poco. Salí de la sociedad en donde habia brillado y me confundí con los hombres del pueblo, cuya ignorancia y rudeza no despiertan al menos las ideas de mi pasado.»

El trapero se calló; enjugó una lágrima que sus recuerdos habian traído al borde de sus párpados, y despues de haber tomado su gancho y su cesto, me alargó la mano y me dijo:

— Hoy tengo enfermos que no me acusan de ignorancia; voy á verlos. Adios.

Y se alejó.

Tal es el hombre extraño cuya alma sin amargura y cuyo claro entendimiento se encueltran aun al servicio del dolor, no obstante tantos motivos de misantropía: y esto consiste en que el estudio de la medicina, como dice un antiguo filósofo, eleva al hombre por encima de sus semejantes y le inspira pensamientos dignos de los dioses.

DR. F. ROUBAUD.